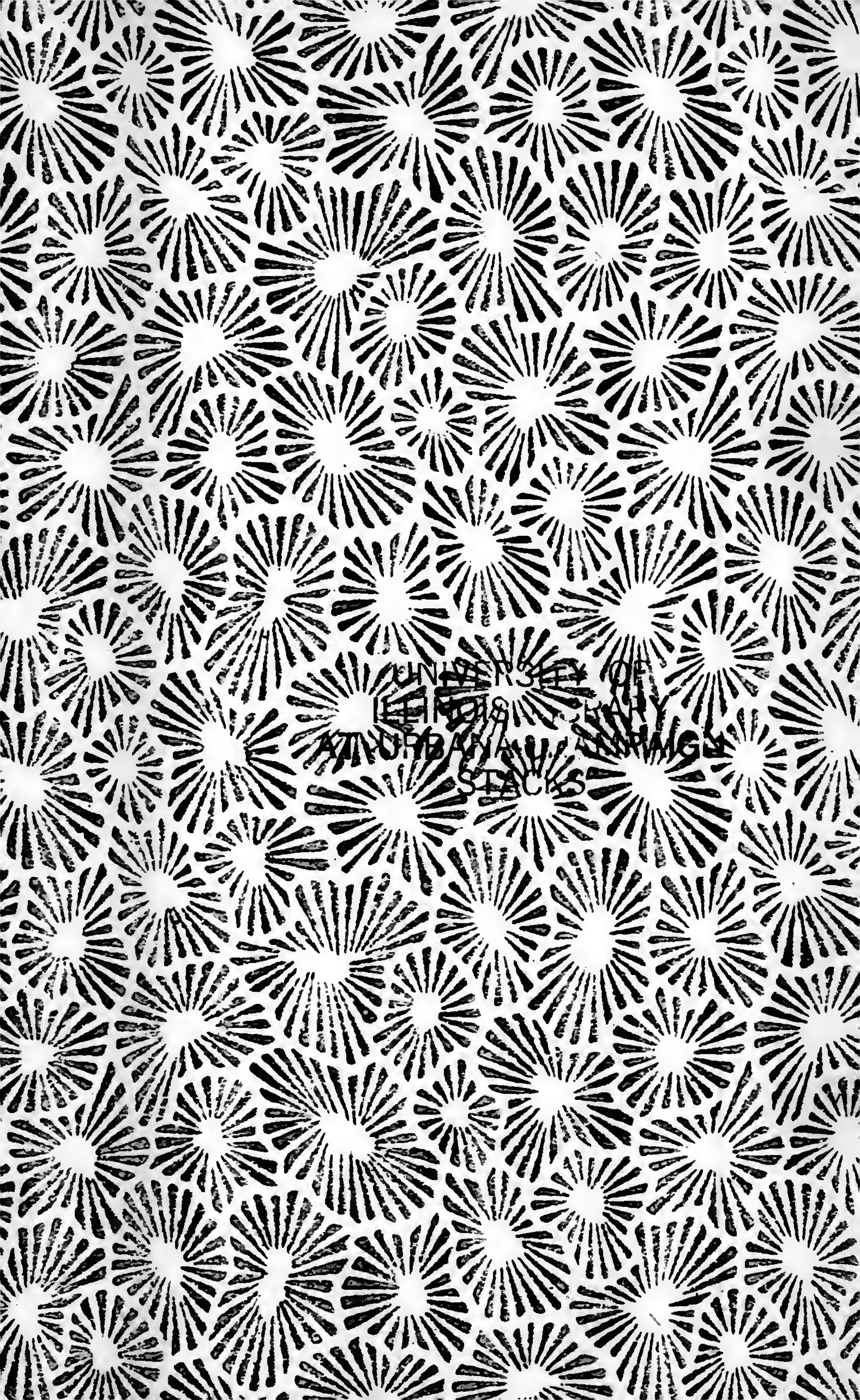
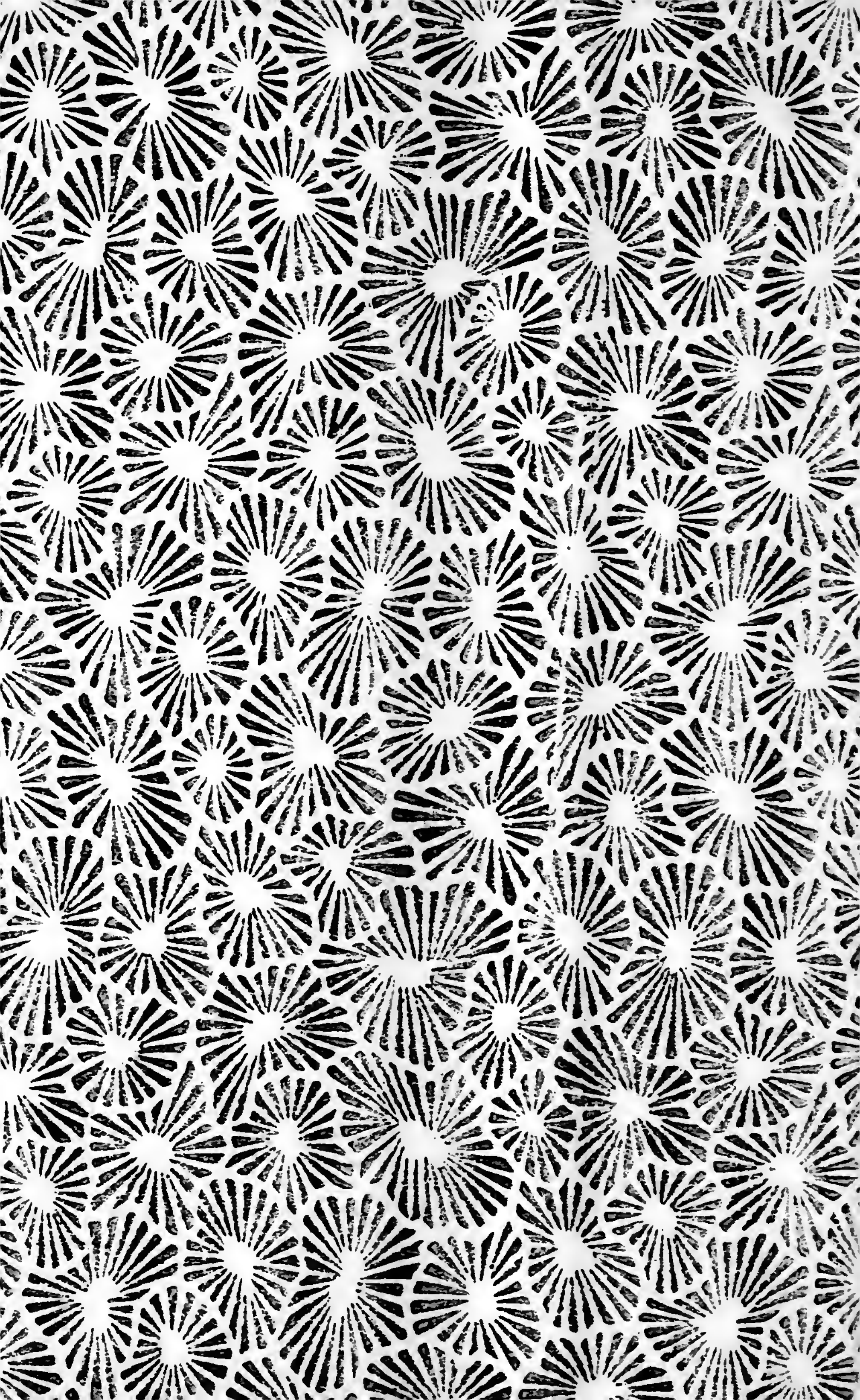
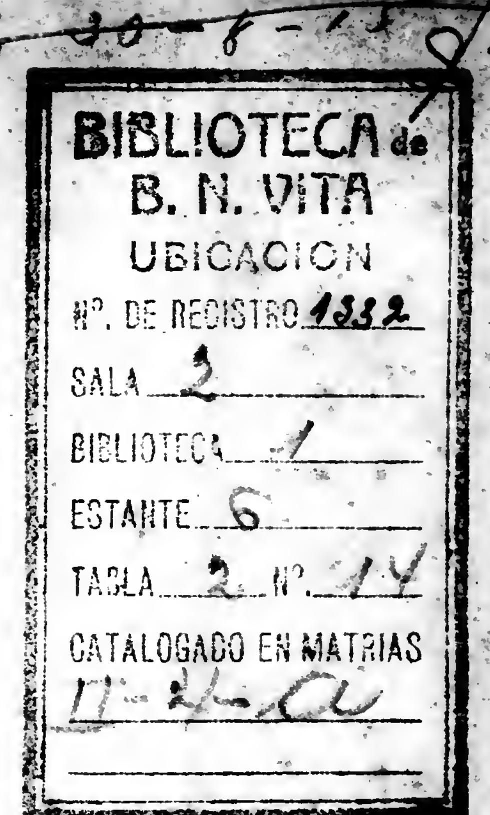







BIBLIOTECA de
B. N. VITA
UBICACION
Nº. DE REGISTRO 1332
SALA 2
BIBLIOTECA 1
ESTANTE 6
TABLA 2 Nº. 14
CATALOGADO EN MATRIAS

MIS FILOSOFÍAS

DEL AUTOR

En voz baja (poesías).

Ellos.

AMADO NERVO

Mis filosofías

Al partir — El contagio de la vida

La risa

Mi amigo el ateo, etc...



PARÍS

Sociedad de ediciones literarias y artísticas

LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF

50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

1912



PRIMERA PARTE

FILOSOFANDO

I

AL PARTIR

MIS FILOSOFÍAS

AL PARTIR

Ha llegado el momento de partir y nuestro viajero piensa en liquidar sus cuentas.

Ante todo la del hotel : tantos días á tanto diario, hacen tanto ; más algunos extras que él ya sabe, total, tanto... Pero si hasta aquí se trata de cantidades previstas, ahora hay que entrar en un terreno absolutamente indefinido, terrible, implacable : el terreno de las propinas.

— Vaya — dice el viajero, — procuremos hacer un cálculo aproximado.

En primer lugar, está el muchacho del ascensor. Cierto que, como yo vivía en el primer piso, nunca hice uso del aparato ; pero ello no

es culpa del chico. Él estaba allí para que yo subiera. Que no subí. ¿Es esta una razón para defraudarlo? Pude subir, en ocho días, ocho veces como mínimum. Pongamos á veinticinco céntimos el día, y nos resultan dos francos.

Viene en seguida el portero. Jamás me sirvió para nada; pero invariablemente al subir yo la escalera, se ponía de pie. En ocho días este portero lleno de cortesía se ha puesto de pie lo menos veinticuatro veces. ¿Cuánto vale eso? Calculemos á diez céntimos cada puesta de pie y contando veinticinco — una más, porque, sin duda, se pondrá aún de pie al recibir la propina — démosle dos francos cincuenta.

Siguen las doncellas ó camareras.

Una hay que me ha hecho mi habitación, y á esa, claro, fuerza es darle, por lo menos, un franco diario. Pero de las otras dos, que encontraba yo invariablemente en el corredor, la una me decía siempre : *Bonjour, monsieur*, y la otra añadía : *Il fait beau*, ó bien : *Il fait mauvais*, según el tiempo.

Ustedes comprenderán que un « buenos días » afable y constante, no tiene precio. Sin embargo, intentaremos cotizarlo y le asignaremos diez céntimos. Veinticinco « buenos días » á diez céntimos, igual á dos francos cincuenta. En cuanto al *Il fait beau*, *Il fait mauvais*... aquí tenemos que establecer una pequeña diferencia.

Ciertamente, no podemos pagar igual un *Il fait beau* que un *Il fait mauvais*.

Un *Il fait beau* cuando os disponéis á salir del hotel, os llena el alma de luz. De antemano saboreáis las delicias del sol radioso, de la brisa fresca... Mientras que un *Il fait mauvais* os desalienta sobremanera. Es la lluvia, es el frio, el barro, la humedad, la tristeza...

¡ Oh ! Claro que la camarera no fabrica el tiempo. Ella me decía *Il fait beau* ó *Il fait mauvais* porque, en efecto, así era. Pero yo faltaría á la lógica más elemental si pagase lo mismo el sol radioso que la lluvia insípida ; la brisa fresca que el viento húmedo.

Por tanto, daremos á esta chica veinticinco céntimos por cada día claro y solo quince por cada día nublado ó lluvioso.

*
* *

Al *maître d'hôtel* ya le asignaremos una buena propina; pero hay un criado que me abre día á día la puerta del comedor cuando voy á salir. Y lo hace con precisión tal, que nunca me ha acontecido abrirla yo. No importa que mis salidas sean inopinadas ni que él esté sirviendo una mesa lejana. Adivina el movimiento previo con que yo me dispongo á levantarme y va hacia la puerta del comedor, que abre con movimiento ágil. Yo no puedo escatimar á este perfecto operador una buena propina. Ha abierto la puerta dieciséis veces en ocho días, y vamos á considerárselas, lo menos, á quince céntimos cada una.

¿Y el *chasseur*? ¿qué haremos con el *chasseur*? Cierto que no hemos necesitado

de sus buenos oficios para recado ó comisión alguna; pero este muchacho sin par jamás dejó de sonreirnos cuando pasábamos frente á él. Jamás, ¿lo oyen ustedes? jamás.

Y su sonrisa era siempre la misma, hospitalaria, cordial, ya hiciese *beau* ó ya hiciese *mauvais*, ya lloviese, ya diluviase.

Yo bien sé que una sonrisa no tiene precio. Es privilegio tan alto, tan humano, que la bestia fiel que os ama con todas las energías de su naturaleza llena de lealtad, el perro que daría por vosotros la vida, no puede sonreiros, á menos que entendáis por sonrisa su meneo de cola. (El perro — dice Víctor Hugo — tiene su sudor en la lengua y su sonrisa en el rabo.)

No, de seguro, que una sonrisa no tiene precio; pero, en fin, puesto que aquí se trata de recompensar de alguna manera las del *chasseur*, démosle por cada sonrisa veinticinco céntimos, en atención á que es hombre, que si mujer fuera la que nos hubiese son-

reido, habría que elevar la tarifa á cincuenta céntimos, no sin advertir que no hay dinero en el mundo con qué pagar la sonrisa de una mujer, sobre todo, de una hermosa. Es como si quisiéseis pagar una aurora, un celaje, un crepúsculo ó un arco-iris.

*
* *

Después de leer esto, posiblemente pensaréis : El viajero rabia contra las propinas. Os engañáis; este viajero, no rabia en absoluto.

Paga con más gusto á quien le dice : *Il fait beau*, á quien se pone de pié al verle, á quien le sonríe, que á los que ejecutan duros trabajos por él.

¿Sabéis por qué? Porque los primeros le proporcionan una sensación deliciosa de *chez soi*, por que un *Il fait beau*, una sonrisa, una cara amable, en quienes os sirven, son eminentemente hospitalarios.

Aunque os cuenten lo contrario, creed que

la hospitalidad en un país está, no en lo que os dan, sino en la manera de dároslo ; no en lo que os sirven, sino en la manera de servíroslo.

Para mí, especialmente, los paises hospitalarios son aquellos en que todo el mundo me sonríe y en que las mujeres me miran más dulcemente, aunque sea para decirme : *Il fait beau, Il fait mauvais.*

II

EL CONTAGIO DE LA VIDA

EL CONTAGIO DE LA VIDA

La humanidad vive en un perpetuo estremecimiento de terror : el terror del contagio.

Ayer la peste bubónica, hoy el cólera, mañana la fiebre tifoidea.

La Edad Media transcurrió entre dos luchas : la lucha contra los « infieles » y la lucha contra la lepra.

En la época actual, apenas se vence un microbio cuando aparece otro. Vamos de la profilaxis al contagio y de este á aquella, en un perpetuo vaivén.

Tal estado de vibración angustiosa, de temor incesante, subleva á veces el invencible sentimiento de justicia que llevamos en el alma.

« La Naturaleza es cruel — exclamamos — la vida es madrastra. » « Se diría que un poder oculto ha jurado guerra á muerte á la humanidad ».

Pero los injustos somos nosotros al hablar así; porque si tenemos presente á todas horas el « contagio de la muerte », nos olvidamos en cambio del universal, del todopoderoso « contagio de la vida »...

No advertimos, ciegos, que la vida, la salud, la alegría brotan á raudales en derredor nuestro; que no podemos salir á la calle ni conversar con nuestros semejantes ni recibir la luz del sol, sin que este irresistible contagio nos haga presa suya.

Observad al enfermo, especialmente al neurasténico. Sale de su casa maldiciendo de todo porque todo le parece conjurarse contra él. El mundo es negro, el porvenir está preñado de tormentas. Físicamente le duele desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos.....

Pero en la calle encuentra á un amigo que está sano, que ríe, que ama la existencia. ¿Qué va á resultar del encuentro de aquel rayo de luz y de aquella mancha de sombra?

¡Vencerá « siempre » la luz!

El sano contagiará con su alegría al enfermo.

« Jamás » el enfermo entristecerá al sano.

Y esto acontece en todos los momentos de nuestra vida, sin que lo advirtamos. Nada hay tan contagioso como el optimismo. Vivir con un amigo optimista es encontrar la clave de la felicidad.

El llanto de los otros suele hacernos llorar, pero la risa de los otros, invariablemente, irremisiblemente, nos hará reir.

¡Qué contagiosa es la risa, decimos, qué contagioso es el buen humor!

¡Ciertamente! como es contagiosa la luz, como es contagiosa la confianza, como es contagiosa la fé, como son contagiosos la esperanza, el entusiasmo, el amor.....

Estamos tristes, pero al trasponer los umbra-

les de nuestra morada, un rayo de sol matinal, que es un hervidero de átomos, una vía láctea minúscula en turbulento torbellino de vida, nos dice « ¡ buenos días! » Y en aquel mismo instante sentimos desvanecerse todas las preocupaciones, resolverse todos los problemas, abrirse todos los caminos.

¡Cómo es posible temer y sufrir y llorar cuando el cielo está azul, y el día es oro purísimo, y la naturaleza parece en éxtasis ante el sol, y el agua canta, y el aire dice sus misteriosas estrofas aladas!

— ¡Vivid! — exclaman las cosas todas en concierto divino. — ¡ Vivid, no tengáis miedo!

« La Naturaleza sabe « el gran secreto » y, sin embargo, sonríe »...

Pero nosotros, ingratos, olvidamos este contagio, este supremo contagio de vida, que surge borbotando hasta de las piedras, y que realiza en un solo instante más curaciones que todos los médicos y todas las drogas y todas las plegarias.....

Olvidamos que por cada hombre que pasa á otro su enfermedad, hay cien que van « pegándonos » su energía, su júbilo, sus convicciones robustas y hasta la elasticidad de sus músculos, cuando nos animan á marchar con ellos, y hasta la limpidez de sus ojos, cuando miran con nosotros el cielo....

¿Pues y la influencia milagrosa de la mujer que amamos, su facultad de disipar con santos sortilegios las sombras que nos asaltan?

No hablemos, no pensemos, no discutamos, por tanto, sino de un contagio : el de la vida, y dejemos pasar á la muerte; su espada no ha de herirnos, mientras nosotros no doblemos resignados la cerviz...

Y aun entonces, ¡quién sabe! ¡quién sabe!



III

LA RISA

LA RISA

Pronto llegará el día en que un actor trágico sea tan raro como un mastodonte ó un... cuervo nacar.

Nuestros nietos no querrán creer que ha existido.

¡Cómo! dirán. ¡Pues qué! ¿en la época más triste del mundo, en que se producía tan desconcertadora conflagración de ideas, de antítesis morales, de sentimientos; en el período de transición más penoso por que haya atravesado el planeta, había, como si no bastaran la tristeza y la angustia unánimes, seres destinados á entristecer y angustiar á la humanidad, periódicamente?

¡Y ese arte de entristecer y de angustira

llegó á producir individuos excepcionales que se llamaban Talma, Rachel, Adrienne Lecouvreur, Adelaida Ristori, Sarah Bernhardt, y hasta un señor Mounet Sully, que gritaba y gesticulaba mucho, y otro señor de Max, que era la caricatura del señor Mounet Sully!

¡Y esos señores y señoras cuyo oficio consistía únicamente en hacer llorar con representaciones y símbolos antiguos, con fábulas y mitos generalmente griegos, eran bien pagados, solían enriquecerse, sentían que oreaba su alma la admiración universal y morían satisfechos de haber estrujado los espíritus con el horror de catástrofes imaginarias y de haber exprimido de millones de ojos, vanamente, el divino tesoro de las lágrimas!

¡Y en cambio, otros seres destinados á hacer fructificar la risa, á hacer brotar la carcajada: — la risa, que nos distingue de los animales, la carcajada, que se llamó olímpica por haber sido privilegio de los dioses soberanos que vivían su eternidad en la sagrada montaña, —

eran considerados como artistas de menor cuantía y pospuestos y supeditados á los primeros, á los que solo sabían hacer llorar !

Y nuestros nietos, para quienes el concepto del arte será muy distinto del nuestro, por que nada hay más efímero y variable que el concepto del arte, se quedarán pensativos al considerar tales sucesos extraños.

Ahora, en cambio, hay quien se sorprende de que un Maurice Donnay pertenezca á la Academia Francesa (como Lavedán) después de haber pasado por el *Chat-Noir* donde recitaba poemillas alegres, á veces demasiado verdes......

Pero nuestros nietos, que, de todos los antiguos, al que comprenderán y estimarán mejor será á Aristófanes, no se sorprenderán de esto, ni mucho menos.

Entonces ya nadie se acordará de los celos del moro de Venecia, pero en cambio se representarán en todos los teatros las divinas bufonadas de Shakespeare y de Molière.

Debo advertir que como nuestros nietos

habrán resuelto los problemas en que ahora nos ahogamos como una mosca en un vaso de agua, la alegría primordial, la alegría pánica, la que movía rítmicamente en los bosques del archipiélago las piernas de las ninfas y las pezuñas de los faunos amables, se habrá enseñoreado otra vez del mundo, por que la humanidad es medularmente jovial, tanto, que resistió á mil años de Edad Media, es decir, de desaseo, de oscuridad y de superstición ; tanto, que se ha sobrepuesto á todos los profetas de dolor, y ha acertado á poner su risa en medio de las mayores catástrofes y su ridículo en todas las sublimidades trágicas.

Si de alguna manera se definiese aún al hombre, á pesar de todas las definiciones que sobre él han caído como aguacero logomáquico, nosotros lo definiríamos : un animal irónico, ó un animal que ríe. Es su prerrogativa, su celeste prerrogativa, y el que ha intentado impedirla, ha falseado los más nobles impulsos de la naturaleza humana.

Yo dije en *La hermana agua:*

Lleva cantando el traje con que el Señor te viste,
y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.

Y en efecto, encuentro que estar triste es el pecado mayor; y veo con un placer inefable, cómo la humanidad torna suavemente al esplendor de la edad griega, cómo priva otra vez cuanto es gracia, ingenio, epigrama, agilidad de espíritu: cómo nos vamos riendo de todas las indigestas filosofías, cómo encontramos ridículos á los hombres serios; y cómo, á pesar de la terrible agitación de la vida moderna, nos acercamos cada día más á la santa naturaleza y aprendemos en plena intemperie á amarla y á ser serenos como ella.

— Pero ¿y el arte? diréis. ¿Y todo ese arte torturador de la Edad Media?

El arte antiguo, os responderé, no fué sino convencionalmente doloroso.

El grupo de Laoconte, la Niobe, el Toro Farnesio, no son más que bellos pretextos para

dejar ver un nuevo ritmo de las formas, un nuevo alarde de la actitud ó de la anatomía. En cuanto al arte en la Edad Media, si vais á los museos especiales, al de Cluny, por ejemplo, veréis cómo asoman la risa, la bufonada y algo más aún, en las tallas de madera conventuales (especialmente en éstas), en los cuadros, en los tapices, en todas partes...... Lo demás era un arte inferior, hijo de la enfermedad y del desequilibrio, y digno de conservarse sólo por la maestría de tal ó cual pincel.

Riamos, sí, y procuremos que rían aquellos que amamos. No enmendemos la plana á la naturaleza, pretendiendo oponer á su serenidad y á su indiferencia supremas, nuestros retorcimientos histéricos, y seamos como el sabio de una reciente novela, continuador de los Darwin, de los Littré y de los Spencer, que exclamaba:

« Yo considero el mundo como un simple jardín, y tengo la alegría de una planta al sol. No pido á la naturaleza humana más de lo que

puede darme : ignoro, pues, el ensueño y la desilusión : soy inconsciente y alegre como una primavera, una coliflor ó un melocotón. »

IV

MI AMIGO EL ATEO

MI AMIGO EL ATEO

Yo tengo un amigo ateo.

Nada hay en esto de particular. ¿Quién no es ateo en los tiempos que corren? Los progresos de la ciencia son tales, que para explicárnoslo todo, no necesitamos la *hipótesis de Dios*, como decía Laplace á Napoleón.

Cierto que las explicaciones con que nos contentamos duran poco y que á cada paso habemos menester de una explicación nueva.

Veamos, por ejemplo, lo que pasa con los cometas.

¿Qué son los cometas?

Los pobrecitos ignorantes de hace apenas dos siglos creíanlos emisarios de fatales desti-

nos. Anunciaban según ellos catástrofes espantosas, hambres, peste... ¡qué se yo!

Claro que no podíamos contentarnos, los ultra-civilizados de hoy, con explicación tan estúpida y nos hemos puesto á explicar y definir á los etéreos melenudos á nuestra guisa.

¿Qué es un cometa, según la ciencia? *Un astro errante.*

Hasta aquí la definición nada tiene de estupenda: *Un astro errante, completamente distinto de un planeta* (esto lo sabían ya los pastores caldeos), *formado de gases, de vapores luminosos y transparentes, más ligeros que el aire que respiramos, y sujeto como todos los cuerpos á la ley de atracción.*

¡Perfectamente!

Pero si están sujetos á la atracción, ¿por qué al acercarse al sol, sus colas, en vez de alargarse hacia este astro, se estiran en sentido contrario, *siempre, sin excepción alguna?*

Como lo propio de la ciencia es explicarlo todo con palabras (una nueva ciencia, ha dicho

monsieur Anatole France, no es más que una nueva terminología), los sabios han ideado lo siguiente :

« Si las colas de los cometas están siempre opuestas al sol, débese á una *fuerza repulsiva*[1], proveniente del astro del día... *como si el sol soplase sobre estos meteoros celestes y lanzase lejos su flama y su humo...* »

La explicación es admirable ¿ verdad?

Ya estáis viendo al sol que sopla á dos carrillos, como las caras mofletudas de los antiguos mapas, que simbolizaban los vientos...

El lector escéptico concluye por su parte que si bien es cierto que las gentes de hace dos siglos no sabían nada de la naturaleza de los

1. « Hoy se explica la fuerza repulsiva partiendo de la teoría eléctro-magnética de la luz, desarrollada por Maxwell, según la cual el rayo luminoso ejerce cierta presión sobre las superficies. Esta presión es directamente proporcional á la intensidad de la luz incidente, y según cálculos, en la superficie del sol vale 2.75 miligramos por centímetro cuadrado. » (*P. Ubach*, S. J.)

cometas... los sabios de hoy no saben nada tampoco [1].

*
***

Pero no divaguemos.

Decía yo que mi amigo no cree en Dios. Le parece infantil, absurdo creer en Dios y muestra una sonrisa piadosa de superhombre ante los infelices que alzan aún los ojos al cielo para buscar al *Deus absconditus* más allá de las estrellas y de las nebulosas.

En cambio, hé aquí algunas de las lindezas en que cree mi amigo, el que no cree en Dios:

Cree que si encuentra en la calle á un cura,

1. El Sr. Bentavol, ingeniero de minas, dió una conferencia recientemente, tratando de probar con ingeniosos argumentos que los cometas... no tienen cola : lo que aparece como tal, es un simple efecto de óptica; el nucleo del cometa hace el papel de una lente convergente gigantesca, que concentra trás sí los rayos solares que á ella llegan. El hecho de no haberse advertido fenómeno alguno luminoso ni magnético ni calorífico ni telúrico en la madrugada del 19 de mayo, tiende á probar la teoría expuesta por el Sr. Bentavol y prueba en todo caso lo que yo he dicho : que no sabemos nada de los cometas.

será infelíz todo el resto del día y le saldrá mal cuanto emprenda, siendo preciso para nulificar la «pata», para conjurar la *jettatura*, figurar los cuernos con el índice y el dedo meñique de la mano izquierda, y sobre todo no « cortar » la huella invisible que el cura va dejando.

Cree que si se encienden tres luces á la vez, se muere invariablemente alguien de los presentes.

Cree que si se rompe un espejo, como en la *Mascota*, habrá « males y sustos ».

Cree que una herradura hallada en medio de la calle, es prenda cierta de dicha, á condición de que los cabos apunten en su dirección.

Cree que cuando le zumban los oídos están hablando de él y en seguida ruega que le dén un número. Se le da este número, « el tres », por ejemplo, y entonces recorre las tres primeras letras del alfabeto : A, B, C, concluyendo que quien de él está hablando es Cárlos, ó Cipriano... ó Cirilo !

Cree que si se pone la camiseta al revés le

harán un regalo... á menos que la vuelva al derecho, en cuyo caso sufrirá una afrenta.

Cree... pero no, yo no voy á contaros todo lo que cree este amigo mío que no cree en Dios, porque jamás acabaría.

¡Oh! Señor escondido, ¡oh! invisible « causa de las causas », á quien siento y adivino, á pesar de todos los libros : nunca hubiera creído que siendo Tú sereno é impasible por excelencia, ejercitases, en tu sosegada grandeza, la ironía y la burla, que me parecían buenas sólo para los hombres. Pero de que te dignas ejercitarlas, de que esgrimes el ridículo, es prueba irrecusable la infinidad de estupideces que dejas creer á todos los superhombres que no creen en Tí...

V

LO QUE VIVIMOS

LO QUE VIVIMOS

Una estadística reciente que se refiere á la longevidad de los animales, nos da los siguientes curiosos datos :

Mientras las doradas abejas, más inteligentes que muchos hombres, y que nos ofrecen el tesoro de sus panales, sólo viven un año, la araña « siniestra » vive siete años.

Una liebre y un conejo viven de siete á ocho años; una gallina, un gorrión, una cabra, un canario y un grillo, diez años.

¿Os habéis fijado? Un canario y un grillo viven el mismo tiempo. La naturaleza no tiene, decididamente, oído...

(Por lo demás, nosotros somos el oído de la naturaleza.)

¡Un cordero vive doce años, un zorro quince, un lobo, de dieciocho á veinte! ¡Pobre cordero! Sus enemigos encarnizados le sobreviven más que lo suficiente para digerirlo.

¡Un ruiseñor y una alondra viven quince años! Cierto que en esos tres lustros producen la totalidad de cantos. Salvo los breves días que tardan en crecer y emplumar, los quince años de su vida están poblados de armonía.

Cinco mil cuatrocientos setenta y cinco días, la alondra, clarín de la mañana, emprenderá el vuelo vertical, lanzando su aleluya á la cara del sol.

« La alondra y el sol tienen de común estos puntos :
que reinan en los cielos y se levantan juntos. »

Cinco mil cuatrocientos setenta y cinco noches, el ruiseñor encantará y santificará el silencio con sus gorgeos. Se trata, pues, de quince años muy bien empleados (¿no es cierto, mis amigos los músicos? ¿No es cierto, mis amigos los poetas?).

El gato vive tanto como el buey : hasta veinte años.

Como se trata de dos seres contemplativos, el plazo es suficiente...

Durante esos veinte años empero, el gato, que en el día, con la línea de azabache sobre el oro de sus ojos adormecidos, verá, en postura hierática, seres y cosas que danzan en los aires y que no nos es dado contemplar á los hombres, por la noche sentirá alterarse frecuentemente su ecuanimidad sagrada con terribles crisis de amor.

Los veinte años del gato casi podrían, pues, dividirse en diez de contemplación y diez de tormentos voluptuosos.

Es un San Juan extático de día y un Don Juan militante de noche...

*
* *

El cangrejo, el gamo, la vaca, el oso y el puerco, viven también hasta veinte años.

Ya sabemos que el cangrejo no progresa gran cosa en esos cuatro lustros : en cuanto al puerco, se regodea en tan viles placeres, que nada pierde con que le abreviemos la vida. Este animalito, el más semejante al hombre en anatomía... y á veces en otras cosas, nos hace, sin embargo, poco honor.

Por lo que respecta al oso ¿qué queréis que haga el pobre en sus veinte años... sino el « oso »?

Y en cuanto á la vaca, su vida durante este tiempo es demasiado burguesa, demasiado... *pot-au-feu*.

El pavo, caro á Juno, el caballo y el burro, viven hasta treinta años.

¿No os parece que podrían restarse á los dos últimos veinte años siquiera para dárselos al primero?

El pavo es casi una flor, una gran flor que grita. Su misión se reduce á abrir el milagro de su abanico incrustado de piedras preciosas, entre la pompa de los jardines.

Podría, pues, vivir así medio siglo.

¡Mientras que el pobre caballo!...

¡Mientras que el pobre burro!...

Esos dos míseros seres de fábula, que siempre salen perdiendo, esos pobres mártires del amo inmisericorde, llámesele cochero, arriero, labriego ó picador de toros... ¡no deberían vivir tanto!

Empero el caballo rara vez llega á los treinta : se detiene en los veinticinco. El burro, en cambio, casi siempre cumple los seis lustros.

¿Á qué debe esos cinco años más?

¡Á su filosofía!

El burro es un filósofo estoico.

Qué mala cosa es la filosofía que puede granjear á un « adepto » ¡hasta cinco años mas de albarda!

*
* *

El buitre vive cuarenta años.

¿Cuánto vivió el de Prometeo?

No ha muerto aún.

¡El buitre de Prometeo dicen que es immortal!

El camello, el ganso, el perico y el león viven medio siglo y á veces mueren sexagenarios, como el rinoceronte.

El león y el camello, pase; ¡el primero es rey! ¿Qué menos podemos darle á un rey así que medio siglo de reinado?

El segundo parece participar, en su tanto, de la relativa eternidad del desierto, en cuya arena se proyecta su perfil antiguo; ¡de la eternidad de las pirámides y de la esfinge!

Pero... ¡el perico!

¿Qué misión puede llenar un perico en medio siglo?

Aunque bien visto, ¿no viven (y hablan) otro tanto la mar de comadres de barrio, la mar de charlatanes de plazuela, la mar de políticos de bandería?

El cuervo, el cisne y el águila viven centenarios.

Tampoco creo que esta longevidad de los cisnes y de las águilas disguste á los poetas.

El cisne, desde aquel de Leda, es un dios. ¡Entre su plumaje palpitó el ánima divina de Jove!

El águila, por su parte, necesita cuando menos un siglo para cargar con su leyenda.

En cuanto al cuervo : él mismo dijo á Pöe que se llamaba *Never More*. Debería ser, por tanto, inmortal como la desesperanza.

...Pero, para destruir la poesía de estas vidas de aves reales, hay un hecho estúpido : la carpa, la vil carpa de los estanques, vive hasta siglo y medio. ¿Y sabéis lo que hace durante todo ese tiempo, que á los pobres hombres afanosos nos basta y sobra para entronizar dinastías y fabricar historia, para inventar religiones, cambiar el mapa y desaparecer como rebaños de sombra?

Pues la carpa bosteza, bosteza, bosteza...

¡La carpa bosteza... siglo y medio!

El elefante, por último, vive hasta doscien-

tos años, y el cocodrilo ¿oyen ustedes bien? el cocodrilo alcanza hasta doscientos cincuenta.

Se afirma que llega á esta respetable edad sin perder los dientes.

*
* *

¿Y el hombre?

¡Ah! da un poquillo de rubor confesarlo. ¿Verdad? Se siente una miaja de vergüenza...

Pero, qué diablo, pecho al agua:

Al hombre podemos colocarlo entre el burro, el toro y el ciervo... Suele vivir lo que estos animales y menos siempre que el perico, el ganso y el camello.

En efecto, la vida media del hombre es de treinta y tres años.

Un cocodrilo ve pasar muchas generaciones nuestras.

Un cocodrilo suele vivir más que una dinastia...

¡Y no se le caen los dientes!

VI

TÆDIUM VITÆ

TÆDIUM VITÆ

Dicen del fastidio que es una enfermedad moderna... como la apendicitis.

Yo creo que es simple achaque de este momento histórico. Nos fastidiamos por que somos civilizados sin serlo aún bastante.

El fastidio ataca á los cerebros medianos; es signo de mesocracia, de elevación relativa y cesa, ó cuando ya no se piensa, ó cuando se piensa demasiado alto.

La gente del pueblo no se fastidia. Recuerdo haber visto á los indios de nuestras haciendas, pasar un domingo entero á la puerta de sus chozas, en actitud de ídolos, sin cruzar más de dos ó tres frases por hora. Esos no conocen el

tedio. En cambio en las clases medias y altas de la sociedad, el tedio nos acecha día y noche.

Basta la noción de que tenemos delante una ó dos horas á las que por imprevistas no sabemos aún qué empleo dar, para sentir la nerviosidad, el desabrimiento, la desazón precursores del *spleen* más negro y rabioso.

Este se caracteriza por la actividad inútil de nuestro pensamiento, á través del cual van y vienen ideas inoportunas, deducciones nimias é inacabables, imágenes monótonas, recuerdos desmadejados, presentimientos molestos. Queremos leer y aquel enjambre de moscones que se sobrepone á la lectura, la hace vana y no hacemos mas que pasear la balumba interior, el entreveramiento aquel de cerebraciones triviales, y enojosas. Ansiamos la inconsciencia del sueño, pero el sueño no puede adormecer tantas imágenes é ideas en pugna.

Un estado así, de prolongarse, puede llevar al hombre al suicidio.

Á la mujer la lleva á todos los absurdos y á todas las locuras.

Cuidad de que aquella á quien amáis no se fastidie nunca. La miseria, los disgustos, el desamor, los celos, son pruebas de las que puede triunfar, de las que triunfa de hecho á cada paso una mujer amante. Del fastidio casi no triunfa ninguna.

Cuando una mujer dice : « Mi marido me maltrata », « mi marido me engaña », « mi marido me arruina », « mi marido me abandona », hay remedio, hay aún posibilidad de paz.

Cuando una mujer dice : « Me fastidio », está al borde de todas las locuras.

*
* *

Las mismas bestias, llegadas á un estado relativo de cerebración gracias á la perenne sociedad del hombre, se fastidian, cuando están solas. El perro y el gato, especialmente,

sienten y buscan el suave y silencioso influjo de nuestra presencia.

Los gatos dormitan en paz cerca de aquellas gentes á quienes buscan; gustan de verlas trabajar y las siguen por toda la casa sin otro interés que el de su compañía.

Si los dejáis solos, se entristecen. Sus ojos de topacio, rayados de azabache, os siguen mansamente en vuestras tareas, con una expresión beata, y se agrandan inquietos si ven que os alejáis.

En cambio para las bestias inferiores la soledad es innocua, el fastidio no existe.

El fastidio, el aburrimiento, denuncian, pues, un estado medio de evolución, una mentalidad media.

Se extienden á través de una zona bien determinada, que va desde tal á cual cantidad de pensamiento, por decirlo así. Más abajo está la inconsciencia, más arriba está el éxtasis.

El sabio no se fastidia nunca, por la inago-

table serie de deducciones de que es capaz.

Dejad á Edison y á un hombre medianamente inteligente en la soledad de un paseo. Mientras el hombre medianamente inteligente, después de mirar los árboles y los prados, querrá irse, escapar al desabrimiento de sus imaginaciones, al tráfago de esas ideas nimias de que hablábamos, Edison habrá cogido un guijarro, lo habrá mirado y remirado, lo habrá hecho objeto de un análisis lleno de acierto, y de inducción en inducción habrá formulado una ley, y de ley en ley habrá ordenado un mundo.

Ni sabrá que ha venido la noche ni sentirá el aletazo del frio. Será preciso que el guarda le diga :

« Señor Edison, vamos á cerrar la verja, váyase á casa, es tarde. »

*
* *

Pero hay un hombre todavía más allá del

sabio, un hombre que no solo no sabrá que existe el fastidio, sino que hasta ignorará que existe el tiempo; un hombre que habrá llegado á la plena abstracción: el asceta, así se trate del estilita del Ganges como del monje cristiano en éxtasis.

Este hombre vivirá en otro plano, en el plano superior en que misteriosamente radia nuestro subconsciente, en la esfera de la serenidad absoluta, en donde ya no existen las ilusiones de espacio y del tiempo, donde Siddharta Gautama halló después de la completa renuncia de sí mismo, la finalidad suprema de todas las cosas.....

VII

LOS RIPIOS PROVIDENCIALES

LOS RIPIOS PROVIDENCIALES

El simpático Carlos Diaz Dufóo gustaba en otro tiempo de recordar en sus conversaciones á no sé qué personaje galdosiano, que llegó á ocupar altos puestos sin otros conocimientos ni habilidades que el ensartar á cada paso esta palabra : « ¡ Verdaderamente ! »

Con ella resolvió las situaciones más intrincadas y logró hacer creer al mundo que era un pozo de discreción y de sabiduría.

Hay palabras así, *verdaderamente* providenciales. Recuerdo aún que en cierta época, en que Luis Urbina y yo nos dividíamos las crónicas teatrales de « *El Imparcial* », á fin de ensamblar bien, en un solo artículo, nuestras diversas

notas, habíamos convenido en que aquel de los dos que llegase más temprano á la redacción, empezaría la crónica, dejándola suspensa hasta donde la alcanzasen sus notas, para que el otro la concluyese con las suyas; y á fin de bien soldar los dos cabos, el que tenía que concluirla comenzaba su parte con las palabras:

« Por lo demás »...

Este « por lo demás » nos sirvió siempre de un modo admirable, no marró nunca. Urbina decía lo que tenía que decir y se iba tranquilamente á su casa.

Yo llegaba, pedía la última cuartilla de su original, la leía de una ojeada, ponía un asterisco y escribía enseguida :

« Por lo demás »,... etcétera, etc., etc.

Os aseguro que nadie habría notado la solución de continuidad, la ensambladura de las dos piezas.

« Por lo demás » Urbina y yo habíamos logrado asemejarnos mucho en nuestro estilo de *entrefilet*.

*
* *

Palabra excesivamente útil, igualmente, es nuestro delicado, vago y amplio « quién sabe ». Hay infinidad de circunstancias, casi todas, en que sin pecar de indiscreto ni de necio podéis responder con esas palabras á no importa cual interrogación. Todo depende del tono que pongáis en ella, del matiz que le déis. No compromete á nada y es siempre elocuente. No importa que ignoréis por completo el asunto de que se trata. Soltad vuestro « ¡ quién sabe ! » así se hable de la energía intraatómica, como de la mejor manera de cultivar las patatas.

Cuando los que discuten os piden vuestra opinión, vosotros os encogéis de hombros y mirando al cielo, decís : « ¡ quién sabe ! » ó bien fruncís las cejas, miráis á la tierra y gravemente exclamáis aún : « ¡ quién sabe ! », ó aún, con un ligero matiz irónico, murmuráis :

« ¡ hum... quién sabe ! » ó sentenciosamente y agitando el índice de vuestra mano derecha pronunciáis con retintín : « ¡ quién sabe ! »

Ruben Darío, que habla poco, tiene dos frases de una incomparable flexibilidad para responder á todas las preguntas, comentar todos los sucesos, intervenir en todas las conversaciones. Estas dos frases son : « desde luego ».. y « ¡ admirable ! ».

Con la primera aprueba, resuelve, corrobora ; con la segunda pondera, admira, glosa, comenta.

— ¿ Qué opina usted de tal obra, Darío ?

— « ¡ Admirable ! »

— ¿ Piensa usted publicar un nuevo libro, Darío ?

— « Desde luego ».

— ¿ Sabe usted que fulano parte á Grecia ?

— « Admirable ».

— Comerá usted conmigo mañana...

— « Desde luego ».

Y la discreción del poeta está en la *nuance*,

en el tono, en la inflexión, en la cadencia que da á estos « ¡ admirable ! » y á estos « desde luego » dignos de competir con el famoso *mais*... de *L'Aiglon* de Rostand :

— Le duc n'a-t-il donc pas toute sa liberté ?
— Oh ! le prince n'est pas prisonnier, « mais »...
— J'admire
Ce « mais » ! Sentez-vous tout ce que ce « mais » veut dire?
Mon Dieu, je ne suis pas prisonnier, « mais »... Voilà,
Mais... pas prisonnier, « mais »... C'est le terme, c'est la...
Formule. Prisonnier?... oh ! pas ! une seconde !
« Mais »...

etcétera.

*
* *

No menos útiles y estimables son las palabras : « eso es » y « claro » Merced á ellas, podéis, con toda seguridad, pensar en otra cosa, tranquilamente, mientras os hablan, á semejanza de aquella marquesa del siglo XVIII que dormía durante las conversaciones, sin que nadie lo advirtiera, gracias á cierta engañosa actitud de sus párpados entornados y á cierta sonrisa estereotipada en sus labios.

En este caso también todo depende de las entonaciones del « ¡ claro ! » y del « ¡ eso es ! »

Os aseguro que vuestro interlocutor quedará satisfecho, juzgando que lo habéis escuchado, no solo con atención sino con deleite...

*
* *

Pero ¿ y qué pensáis de la prodigiosa exclamación : « ¡ qué tal ! »

Difícilmente se hallará algo que mejor cuadre á todas las situaciones, á las conversaciones todas. Es una gama infinita :

Admirativo : « ¡ Qué tal ! »

Este cabe cuando os cuentan cosas graves.

Si os dicen algo que sorprende, podéis exclamar : « Qué tal, ¿ eh ? »

Este « ¿ eh ? » matiza muy graciosamente al « qué tal ». Es como si dijérais :

« ¡ Pero quién lo hubiera creído, hombre ! ¡ mire usted lo que son las cosas ! ¡ quién lo dijera ! ¡ qué mundo este ! » etcétera.

Cuando os relatan grandes penas, un « ¡ qué tal! » opaco, acompañado de cierto grave movimiento de cabeza, viene muy á pelo...

Mas, imaginemos que encontráis á un buen amigo, á quien no habíais visto. Él se quedará encantado si tendiéndole los brazos le decís : « ¿qué tal? »

Si, en ciertos casos añadís la palabra « hombre », mejor que mejor : « ¿que tal, hombre? » naturalmente esto depende del grado de confianza.

De una acera á otra podéis así mismo gritar á un amigo que pasa :

« ¿Qué tal? » Es este un grito de inteligencia, que vale tanto como :

¿Qué ha habido de aquello? « ¿Cómo estás desde entonces? » etcétera.

No concluiría nunca esta quisicosa si apurase todos los matices y significados del famoso y cómodo « qué tal ».

El nos libra, en unión de las otras palabras providenciales, de las más grave de las cargas á

que obligan la cortesía y la *mundanidad* : de oir lo que se empeñan en decirnos los frívolos y los tontos.

VIII

INQUIETUD

INQUIETUD

Es mi amigo Máximo, hombre á quien ese factor misterioso que llamamos buena suerte, ha dado todos los elementos para ser feliz.

Naturalmente, no lo es, porque la felicidad no consiste en esos elementos, llámense riqueza, hermosura, salud, poder, sino en algo muy recóndito é impalpable que está en los confines de nuestra conciencia, y que, sin concurso alguno exterior, nos proporciona á veces una beatitud incomparable.

Mi amigo jamás ha conocido esa beatitud, pródiga de paz, que no requiere ni la belleza del paisaje ni la caricia de opulencia alguna para soñar su sueño divino.

Mi amigo es muy rico, disfruta de una salud

excelente. Sus relaciones lo encuentran *ultra-chic*. Sus vanidades, grandes ó chicas, van por la vida con el penacho al aire.

Frecuentemente, sin embargo, viene á quejarse conmigo de su mala suerte.

¿En qué consiste esta mala suerte?

En primer lugar, en que él cree tenerla. En segundo lugar, en una inquietud perenne.

Mi amigo sufre de la moderna y terrible enfermedad del mercurialismo (la llamaré así por que es la palabra que la define por excelencia), es decir, que necesita moverse como la ardilla, ir, venir, viajar sobre todo.

Cuando ha pasado un mes en su espléndida casa, bajo los tutelares arboles de su parque, al borde del admirable estanque glauco en que nadan cisnes negros y cisnes blancos, al lado de amigos *ultra-chic*, como él, que nunca se han vestido mas que en Londres, Máximo comienza á sentir una vibración interior, algo como el latido de la máquina de cien caballos que tiembla bajo el obstáculo de los frenos.

Entonces inventa un viaje. ¿Á dónde?

No importa adonde.

¿En qué ciudad, en qué hotel estará mejor que en su casa? ¿qué cocinero se afanará en complacer, como el suyo, todos sus sibaritismos? ¿qué coches tendrán el muelle y adormecedor movimiento de los que posée?

No importa. Él sabe bien que va de lo bueno á lo malo. La ciudad, la estación, el balneario ó lo que sea, que ha elegido como término de su viaje, no le despierta interés alguno. Conoce toda Europa, es decir, todos los hoteles, los clubs, y los grandes teatros de Europa (el arte le interesa poco) y no hay uno solo en que no lo conozcan á él.

Al llegar á un hotel, la sonrisa de la servidumbre, segura de pingües propinas, lo acoge, y la venal solicitud de las caras rasuradas, lo envuelve:

— « El señor conde está servido. »

— « El señor conde ha hecho sin duda un buen viaje...... »

— « El señor conde se dignará indicar á qué hora se le prepara su baño. »

La perspectiva de toda esta miel comprada, de toda esta oficiosidad, lo decidiría á quedarse en casa; pero la maquinita interior vibra, vibra incesante, implacable, impulsándolo hacia otra parte. Y el señor conde se va: se va á comer mal, á dormir peor, á fatigarse en los *sleepings*, á ser víctima de la solicitud de los *maîtres d'hôtel*, á recorrer los mismos sitios, á fastidiarse á las mismas horas.

Así pasa un mes, dos á lo sumo, y entonces, la inquietud interior asume otra forma: El señor conde siente un vivo deseo de volver á su casa......

Durante algunas horas su ayuda de cámara, con pericias ya clásicas, dispone y arregla los innumerables trajes, las camisas más innumerables aún, en complicados y sabios baúles, construidos en Filadelfia, ó Nueva York, ó Londres, y otra vez á Madrid..... donde respirará un mes, dos meses quizá, mientras la vieja vibra-

ción despierta de nuevo y sacude sus entrañas:

> Errar de clima en clima es un instinto
> en ciertos genios como en ciertas aves,

dijo un poeta nuestro, y estos dos versos han servido á muchos poetas menores de la América del Sur, andariegos como ellos solos, para creerse genios.

Mi amigo no es ni genio ni ave, pero sí tiene el instinto, un instinto que cada día se hace más común, que constituye la enfermedad moderna por excelencia, la angustia inenarrable de los ricos, la terrible compensación de muchas fortunas injustas.

Jamás estos atribulados viajeros experimentarán la felicidad nirvánica que consiste en adormecerse blandamente ante un paisaje, con la mirada interior vuelta hacia zonas de misterio......

Jamás sentirán la magia de una naturaleza matinal, del agua que corre, del viento que canta. Presas de un vértigo espantoso, verda-

deros condenados dantescos, desearán siempre, necesitarán siempre, irse, irse de prisa, muy de prisa, á otra parte, sin pensar jamás que la esencia de un viaje no está, como dijo el otro, en ir hoy más rápidamente que hace un siglo, de París á Londres, sino en ir á Londres á hacer algo más importante ó más bello que lo que hacían los viajeros de hace un siglo.

IX

ANTINOMIAS



ANTINOMIAS

La edad actual, más que de la electricidad, del radio, del automovilismo y de la aviación, debiera llamarse de los microbios.

Pasteur primero y Metchnikoff después han fijado definitivamente (?) para la ciencia esta verdad :

La enfermedad no procede sino de parásitos. El hombre — esa admirable *máquina de vivir*, que dijo Napoleón — está hecho para durar. Sus órganos, perfeccionados y afinados en el curso de los milenarios, funcionarían tal vez un siglo, quizá siglo y medio... acaso dos, sin la traidora intervención de esos animálculos que se solapan en el misterio, que nos ace-

chan á cada instante, que invaden el aire que respiramos, hasta saturarlo de muerte y que se llaman *microbios*, *hongos*, *esporozoarios*, etc.

« El parásito es la enfermedad. Sin parásito no hay enfermedad posible. »

Se diría que un dios blanco creó al hombre y un dios negro al parásito. El dios blanco entonces creó el *glóbulo blanco* de la sangre, el defensor denodado que rinde un combate sin tregua al microbio intruso.

Habrá quien piense que mejor hubiera sido no crear ni una ni otra cosa, que si el fin escondido de la creación es que el hombre, el sér más perfecto, viva, la lógica pide que no se le pongan obstáculos á esa vida ; que es contradictorio crear una máquina de vivir tan admirable como el ser humano — robaremos otra vez su frase á Napoleón — y crear al propio tiempo una máquina de muerte tan estupenda como el microbio ; pero yo no me meto en honduras y me limito á registrar hechos.

*
* *

Ahora bien, ciertos señores, á pesar de lo *definitivo* de las verdades que he apuntado, se niegan á conceder al microbio la importancia capital que le han atribuido Pasteur y Metchnikoff.

El microbio — se atreven á decir estos señores — no es causa de la tuberculosis, de la escarlatina, de la viruela, sino el signo de que tales enfermedades existen, como el humo es el signo y no el origen del fuego.

Un individuo tiene el bacilo de la tuberculosis porque está tuberculoso : no está tuberculoso porque tenga el bacilo.

Combatir, por tanto, al microbio, no es combatir la enfermedad : es como si, apurando el simil, los bomberos se pusieran á disipar el humo para extinguir el fuego.

¿ Qué es, pues, la enfermedad ? ¿ De dónde viene ? ¿ Por qué vivimos ? ¿ Por qué morimos ?

Hombre... á la ciencia no hay que pregun-

tarle tantas cosas á la vez. Hay que ir por partes. Estamos apenas aprendiendo á saber cómo somos... No moralmente, que esto es imposible, sino físicamente. Nos hallamos en el A B C de la fisiología elemental... *By and by*...

*
* *

Pero como parece que esta cuestión de la enfermedad apasiona por todo extremo á los hombres (y apenas si los pobrecillos tienen razón), no está de más exponer alguna vez, las teorías que andan por ahí campando por sus respetos... No sin confesar que la mejor de las teorías es no tener ninguna; que el hombre ha nacido para vivir... sin médicos; que aquel á quien cabe la suerte de no tropezar con ellos en el camino de su vida, suele morir de viejo; que una farmacia es una fábrica de enteritis, de dispepsias, de gastritis, etc., y que la naturaleza piadosa nos da aún con liberalidad real, tres cosas admirables, de las cuales nos obstinamos en huir: el sol, el campo, el mar.

X

EL SEÑOR SALVAJE

EL SEÑOR SALVAJE

Cuando se advierte el movimiento de una gran ciudad, de París, por ejemplo, con su incesante y formidable palpitación de vida, lo que más sorprende sin duda á muchos, es el reducido número de atropellados que arrojan las estadísticas menudas.

— ¡ Cómo ! exclamará el observador viajero : ¡ es, pues, posible, que esta enorme y ultracomplicada máquina se mueva sin aplastar centenares de gentes !

— ¡ Qué ! continuará exclamando, ¿ no hay por ventura en París poetas, artistas, filósofos, sabios, inventores, enamorados, gente distraida, en fin, que no se dé cuenta del espantable peligro y caiga destrozada por un vehículo ?

¿Cómo es posible que esos caballeros de la abstracción y del ensueño, esos seres de alma escapada perennemente al país de la divagación ó perennemente recluida en sí misma, no caigan á montonadas?

¿Cómo admitir que en un año, en dos, apenas haya un distraido, un Curie que se desplome bajo la mole de un carro?

Y el observador curioso, después de estas exclamaciones, sigue mirando el trajín loco, el incomparable ajetreo de este París siempre febril: filas cerradas ó tropeles en desórden de coches de punto, ruedan sin estruendo por la avenida que orillan los plátanos. Ruidosamente avanzan los enormes *autobus*, cuyos abultados neumáticos parecen ruedas de aserrar. Con su monorítmico redoble vienen los tranvías, de todos colores, de todas suertes, sobando las monótonas paralelas de acero; los viejos ómnibus, por su parte, rechinan y crujen, mientras penosamente avanzan.

Y enredando su confusión y su rumor á

todas aquellas confusiones y rumores, relampagueantes de velocidad, nerviosos de premura, ágiles, imperiosos, entreverándose, asaltando el espacio libre, hormiguean los automóviles, los incontables automóviles, los de lujo y los *taxi*, los populares *taxi*, que por unos cuantos francos dan al viajero ó al burgués atareado su encantadora ración de *confort* y de vértigo elegante.

Y entre la babel de estridencias, de rumores, de gritos, de campanillazos, que tienen una continuación subterránea : el metropolitano; entre aquella balumba, entre aquella calentura vibrátil, se desliza, corre, vacila, tantea, el peatón, el transeunte, que aún se ajusta al secular procedimiento de locomoción bípeda, de marcha adámica.

El curioso observador contempla á este atrevido viandante y murmura : ¿ á qué hora lo matarán ?

¿ Cómo no lo han matado aún ?

¡ Ah ! ciertamente el parisiense es ágil, sabe á

qué atenerse : todos sus sentidos se aguzan, se distienden, se afinan, en esos pasos laboriosos de una acera á otra. Pero por astuto y flexible que lo supongamos, hay imprevistos nudos gordianos, conflictos de circulación inminentes y desconcertadores. « ¿Cómo no lo matan? » sigue murmurando el curioso observador.

Por otra parte, no todos los parisienses tienen esta agilidad, no todos poseen la previsión del momento difícil en la calle. Os repito que hay filósofos, y artistas, y poetas y maniacos ó inventores que se distraen, y os diré también que esta muchacha que veis salir de un taller de modas con su caja de cartón colgada del brazo, va pensando en todas las posibilidades de tropezar con un millonario, va construyendo aladas arquitecturas resplandecientes.....

« ¿Cómo no la matan? »

Aquí, el curioso observador recuerda lo que dice Mæterlinck del instinto.

Hay en las profundidades de nuestro ser,

adonde la civilización lo ha arrojado, un salvaje, hosco, violento, peludo, que se llama el Instinto. Casi nunca lo dejamos salir porque nos desacredita y compromete. Pero en los supremos instantes del peligro : cuando, por ejemplo, el automóvil en que volamos va á estrellarse contra el obstáculo, mientras la inteligencia, platónica y fría, se da cuenta de todo y tiene hasta tiempo de ensartar pensamientos indiferentes en el hilo vital que va á romperse, he aquí que surge, brutal, autoritario, momentáneo, el salvaje recluso. Con celeridad milagrosa se da cuenta del riesgo y procede : pone en acción los dos frenos, desvía con habilidad admirable el auto, prevée hasta la imposibilidad del éxito de su maniobra, y busca el lugar en que el choque, ó la caída, serán menos terribles... Un segundo, dos, tres, dura todo, y el salvaje, el instinto, nos ha salvado.

El alma : la princesa distraída é indiferente, habíase entretenido entre tanto en contemplar el sitio de la posible catástrofe : vió que el

árbol contra el cual iba á estrellarse el auto, era un enorme álamo cuyas hojas parecían de plata y temblaban como alas de mariposa...

Y vió también que en una rama había un nido...

*
* *

Pues bien, este señor salvaje, padre *del movimiento reflejo*, es el que nos salva en las calles de París, á pesar de todas las divagaciones.

Gracias á él, hay todavía músicos, poetas, inventores, filósofos, y obreritas de taller que pasean por los bulevares su esperanza de ser princesas...

XI

PÁJAROS FRITOS

PÁJAROS FRITOS

En cuanto llega el invierno, el transeunte advierte en muchos escaparates de pastelerías, tocinerías, tabernas y tiendas de comestibles de Madrid, rimeros enormes de pájaros fritos.

Son éstos, el manjar más suculento de la gente modesta, de la clase media y aún de la pobre; pues el precio varia desde dos sueldos hasta cuatro y cinco la pieza, según el lujo del escaparate, y, sobre todo, según la antigüedad de los pájaros.

Gracias á la temperatura, los míseros animalitos, ya de suyo se conservan frescos por tres y cuatro días.

Una vez fritos, su duración es ilimitada.

Ahí están, achicharrados, en actitudes trágicas, una semana ó más, sin otra variación sensible que la del precio.

Cuando el vendedor advierte que la manteca se ha embebido... los fríe de nuevo y rebaja algunos céntimos á la pieza.

Pero en lo general no hay necesidad de esto: los pájaros fritos se venden por docenas y en algunas casas acreditadas el enorme montón se renueva á diario en el escaparate.

Os aseguro que una de las impresiones más indefinibles de mi vida fué la visión primera y desconsoladora de estos pájaros muertos (y además fritos) que el madrileño devora con deleite.

Hemos convenido en que un servidor de ustedes es sentimental, tanto más impenitente cuanto menos de moda está el sentimentalismo; pero es por su desgracia un sentimental del peor género; del más odioso género; el espectáculo de los dolores humanos lo conmueve medianamente; el espectáculo del dolor

en una bestia, lo hiere del modo más raro.

Este servidor de ustedes posée una sensibilidad de tal suerte desviada y ridícula, que sería incapaz de golpear á un perro, á un caballo... ni siquiera á un mulo... ni siquiera á un sapo.

La bestia es para él algo sagrado, por inocente, por indefensa y por que mientras el hombre se aparta de su fín y desvanece cada día más en su espíritu la oculta huella, el signo enigmático de su parentesco con los dioses, la bestia conserva el admirable secreto de su origen. Es como fué al principio, á pesar de que también evoluciona, y « sabe y se acuerda » del génesis arcano que nosotros hemos olvidado.

¿Inferior á nosotros?

¡Y por qué! ¿Porque no habla? ¡Pero si esto es una superioridad!

¿Porque no escribe? ¡Pero si esto es otra superioridad! ¿Porque no se viste á la moda ni lleva en el pecho condecoraciones?

Si las bestias y el hombre no siempre se entienden, culpa es del hombre y no de la bestia. Ellas piensan, pero piensan de otro modo, por que viven en otro *plano*.

Su pensamiento ¿es superior ó inferior al muestro? Ni lo uno ni lo otro : es simplemente distinto.

Creo que fué Augusto Comte quien llamó á los animales « nuestros hermanos inferiores ». Este sabio era demasiado orgulloso. San Francisco de Asís los había llamado mucho antes « hermanos » á secas.

*
* *

La observación de las bestias nos acerca al misterio, á la explicación de muchas cosas ocultas. Tienen ellas aún el instinto en toda su pureza integral, y el instinto se lo dió ese ser incognoscible que fué antes que todas las nebulosas y que será después de todos los fines.

Pero ¿á dónde va á dar un servidor de ustedes con tales filosofías á propósito de pájaros fritos?

¡Ay! ya os decía que mi sentimentalismo era ridículo; solo que por no abrumaros demasiado, no os había dicho que era también filosófico!

Ahora bien, este servidor encuentra que en el mundo hay dos cosas sublimes por excelencia: la flor y el pájaro.

La flor porque, además de su belleza suprema, de su admirable organización, de su silencio y su paciencia divinos, es la muestra más palpable del amor de Dios á los hombres. ¿Sabéis la razón? No soy yo quien la da, sino un pensador inglés: « porque es propio de la justicia dar lo necesario, como el alimento, en la tierra germinadora, el abrigo, en el vellón de los corderos; la luz, el agua. Pero solo del amor es propio dar lo superfluo, y las flores son superfluas, son la más adorable superfluidad de la creación ».

En cuanto á los pájaros, tras de su inmensa utilidad para la agricultura, además de su belleza y de su gracia, tienen el privilegio del vuelo, ese privilegio que acaso en otros planetas pertenece á las especies superiores, y no es decible lo que han contribuido á que la humanidad avance.

No creáis que es paradoja : el hombre ha avanzado, se ha perfeccionado viendo volar á los pájaros. Son ellos los que han alimentado durante los milenarios sus poderosos y santos anhelos.

Sintiendo envidia del pájaro, viendo emigrar á la golondrina, mecerse en el aire á la gaviota, elevarse, vertical hacia la luz del sol, con un canto de triunfo, á la alondra, es como el hombre en el principio de las edades se sintió movido por fuerzas invencibles y « surcó el piélago azulado y midió el orbe de la tierra ».

Y ahora, la conquista reina de todas las conquistas, la del aire, en su más reciente forma :

el aeroplano, se la deberemos así mismo á la concienzuda observación del ave y no será más que una parodia del vuelo....

*
* *

¿Por qué entonces odia el hombre al pájaro?

¿Por qué satisface la vanidad de las mujeres matándolos á millares para adornar sombreros?

¿Y por qué los fríe?

¿Y por qué se los come?

¿Vamos por ventura á despoblar el universo de esa celeste « joya del aire »?

¡Muy pronto en los bosques ya no romperá el silencio pánico ningún gorgeo cristalino; muy pronto no sonará en la altura ese crujir de seda de las bandadas de tordos negros, de gorriones castaños y de golondrinas azuladas!

¡El hombre habrá logrado volver la naturaleza tan estúpida como sus ciudades, tan árida

y fría como su pensamiento, tan hosca como su dinero y su avaricia!

En esta civilización en que nos interesamos por tantas cosas tontas, frívolas, anodinas, ¡qué pocos son los que se interesan por los pájaros!

Los cazadores aristocráticos los abaten sin misericordia durante el invierno y los proveedores de la ciudad, los campesinos, astutos solo para engañarlos, aprisionan en sus redes á centenares de aves hermosas; junto al pardillo cae el tordo, junto al gorrión la lírica alondra. Y una mano, ágil también sólo para eso, los despluma con sorprendente diligencia, y los arroja en confusión, torcidos, con los débiles apéndices caricaturizando muñones, con las pobres cabecitas mostrando negras y desconsoladas las cavernas donde antes se movían los avizores ojos luminosos, que sabían desde la rama atalayarlo todo, los arroja, digo, en promiscuidad horrible, á la candente cacerola...

Ó bien un preparador más ágil todavía, los

vuelve, gracias á su triste química, cadáveres de lujo, momias emplumadas que tornasolan después en los infinitos sombreros de mujer.

Y así ha logrado el « Rey de la Creación », hacer de esta un feudo insípido y tedioso.

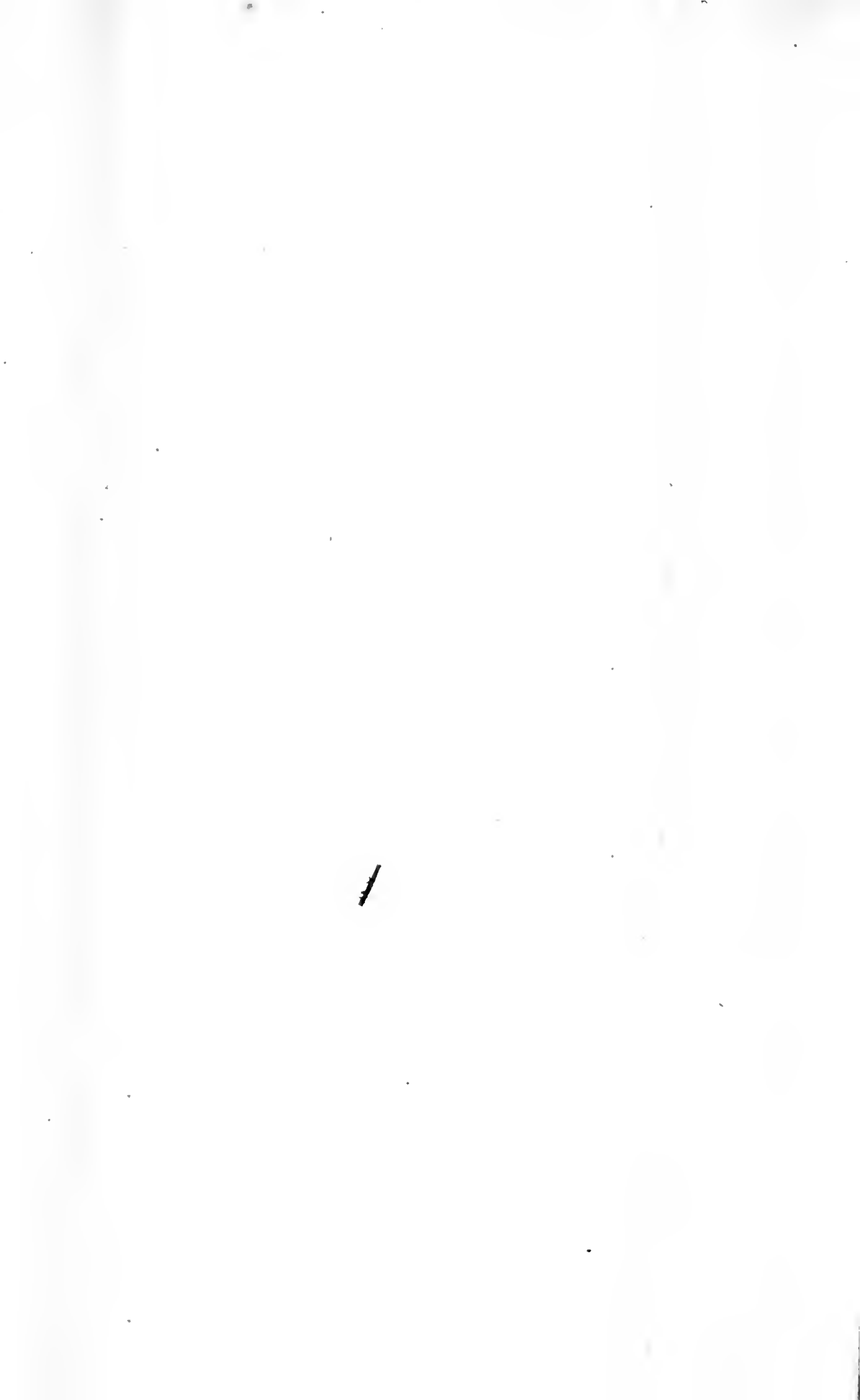
Podéis ya atravesar países, comarcas, reinos, repúblicas enteras, sin que os molesten ni los píos ni el aleteo, ni « la no aprendida canción » de los pájaros.

« ¿ Qué habéis hecho de los ruiseñores, de las alondras, de los jilgueros ; qué habéis hecho de esos divinos donaires del viento que yo os dí amoroso para mitigar el tedio de vuestra existencia ? » podría preguntarnos la voz arcana que surge á veces de la sombra.

— Señor, — le responderíamos con un gesto pueril ó goloso, — los hemos disecado... ¡ nos los hemos comido !

XII

THE GENIUS EXPLOITATION C°



THE GENIUS EXPLOITATION C°

En días pasados, un humorista extranjero refería algo que corrobora en modo eminente el alto concepto que tenemos del llamado « sentido práctico » de los anglo-sajones.

Había en Australia un niña dotada de extraordinarias disposiciones para el canto, pero excesivamente pobre.

En su barrio fué cundiendo su fama. Cuantos la oían cantar, regaladamente pasaban los instantes.

Por fín, cierto día, un vecino reunió en su casa á otros nueve y les dijo poco más ó menos :

— Como habéis tenido ocasión de observar,

miss X. canta más harmoniosamente que las copas de cristal heridas por dedos ágiles. Su garganta predestinada, es — será, mejor dicho, — un buen negocio, si se le explota convenientemente. Yo vengo, pues, á proponeros que constituyamos una sociedad por acciones, con capital de mil libras esterlinas, dividido en acciones de á cinco libras y destinado á educar convenientemente en Bélgica, Austria ó Italia á miss X., á fin de que su voz dé de sí cuanto debe dar. Una vez logrado esto, la lanzaremos á la escena, le haremos el necesario reclamo... y nos repartiremos los beneficios que serán pingües.

En los países latinos, una proposición tal hubiese hecho asomar sonrisas irónicas á flor de boca. Entre ingleses, la proposición fué oida con seriedad, y allí mismo se suscribió buen número de acciones que pronto sumaron las mil libras de marras.

Firmáronse los idóneos contratos y miss X., encantada de tal coyuntura, vino á Europa,

estudió en un gran conservatorio hasta obtener lisonjeros diplomas y después fué « lanzada » por el Consejo de Administración de la compañía.

El éxito, como era de presumirse, acudió á la cita, y todo el mundo ha empezado á ganar dinero, en primer lugar, miss X., que tiene cierto número de acciones privilegiadas, y luego los accionistas mismos, que han visto subir sus papeles de 5 á 8 libras y últimamente á diez, con substanciosos dividendos.

Como miss X. es muy joven y canta en países muy cultos, donde el arte se paga caro, las acciones seguirán subiendo y los dividendos engordarán año por año.

*
* *

Y aquí entra la moraleja : ¡ qué dineral hubiera ganado la sociedad anónima que hubiese « lanzado » á los Dumas (padre é hijo), á un Balzac, á un Zola, á un Wagner,

evitándoles la prolongada angustia de los comienzos, el preciosísimo tiempo perdido para la humanidad, en que esos hombres — geniales ó simplemente de talento — se batieron sin descanso contra la miseria y, así mismo, ahorrándoles desconsideradas, imprudentes é insensatas explotaciones!

¡Cuánto dinero perdido, oh hombres prácticos!

¿Por qué, pues, vosotros que explotáis la madera, el petróleo, el hierro, el mercurio, los productos animales, no habéis pensado nunca en explotar lo más alto, lo más precioso, lo más fructífero : el genio ó el talento humano?

Si detrás de cada pensador, de cada poeta, de cada artista, de cada inventor, hubiese un grupo interesado en lucrar con su talento de una manera justa, racional y práctica, usufructuando, — no matando — á la gallina de los huevos de oro, ¡qué lluvia de millones para los accionistas, qué felicidad para el hombre

cerebral, que ahora gasta la mitad ó los dos tercios de su vida en llegar, solo en llegar, en que le conozcan, en volverse « mundial », como se dice, resultando este contrasentido : que cuando posée lo mejor de su energía, la dilapida neciamente, exprimido por dos ó tres, y en cambio, cuando puede hacerse pagar, es ya un bagazo... !

Ved, si no, á los pintores. Sus mejores obras, las de juventud, hechas al santo calor del entusiasmo, por viles dineros son vendidas á mercaderes de poca monta, y sus peores obras, las que hacen cuando llegada la fama, pero decadente ya el númen; cuando solo la bandera — la firma — salva la mercancía, se venden por montonadas de oro.

¡Pues cuánto mejor sería ahorrarles estos trances de la juventud y lanzarlos temprano, dándoles elementos de trabajo, pan en abundancia, bienestar, y, por lo tanto, alegría para crear mucho más de lo que crean y reposo para el estudio ! De esta suerte, toda la energía

potencial del genio, se transformaría en obras concretas, que valdrían, « desde luego », gracias á vigorosa publicidad, grandes precios, y todo el mundo, el artista y los que lo sostuvieron, ganarían honradamente, abundantemente...

*
* *

¿Os repugna, oh timoratos, que jamás queréis llamar á las cosas por sus nombres, esta explotación franca y clara? ¿Y no os repugna la clandestina y vergonzosa?

¿Y no os ruboriza como hombres, que un Wagner copie mala música en París y toque el piano en sórdidos cafetines, y á los 50 años no tenga aún reposo para crear sus maravillas; y no os acuita que un Berlioz viva con cinco céntimos diarios de castañas asadas, y no os acongoja que hayan muerto de hambre tantos genios, cuya producción hubiera sido para ellos y para los demás veta de oro purísimo, venero de esmeraldas?...

¡ Ea ! veamos de hoy más al genio ó al talento, no como á un semidiós, — pues que el siglo no gusta de dar aureolas, sino de quitarlas, — mas como á una ambulante mina de oro.

No dejemos que se pierda, sin provecho para nadie, esa prodigiosa energía mental que fragua los Newton, los Edison, los Velázquez, los Rembrandt, los Mozart y los Víctor Hugo. Acaparémosla desde sus comienzos, cuando surge borbotante y clara del manantial, y encaucémosla para provecho moral de la humanidad y material provecho de muchos, sin pretender que « Papá Estado » pula tanta piedra preciosa.

« Papá Estado » tiene mucho que hacer y poco dinero sobrante en sus arcas.

En cambio, hay tanto oro improductivo en los grandes Bancos del mundo...

XIII

LO IMPREVISTO

LO IMPREVISTO

Paul y Víctor Margueritte hacen notar, en una de sus más sugestivas páginas, que la « aventura » no se ha ido del mundo. Muy al contrario, gusta de venir á tontas y á locas en un momento dado, á descomponer esta metódica monotonía de la vida. Como la liebre del refrán, salta donde menos lo pensamos.

Cierto que los hombres en general no aman á esta locuela. Aun cuando existe donde quiera, la niegan las gentes que ni quieren verla ni osan afrontarla; y estas gentes son legión. « Son, dicen los Margueritte, los rebaños de Panurgo. Niños prudentes á quienes el temor del castigo hace mantener inmóviles en los bancos, y que,

con la cabeza entre las manos, dócilmente se rellenan el cerebro de cifras, de fechas, de nociones áridas y vanas. Jóvenes copiados unos en el modelo de los otros, que alimentan vicios pequeños, virtudes mediocres y ambiciones raquíticas. Hombres razonables que no se desvían jamás de la calle que los conduce á su tranvía y del tranvía que los conduce á la oficina. Cerebros fabricados en el mismo molde, corazones torneados al igual. Viven conforme á los usos y costumbres establecidos en el manual de urbanidad, dóciles almanaques obedeciendo á su reloj que le prescribe el ritmo de los actos previstos.

« El miedo de obrar los paraliza, más que las tentaciones los estimulan á comer. Estos marchan por en medio del camino tan desconfiados de las flores que lo bordan y de las frutas de los campos, como de las espinas y los cardos de los declives. Los otros ni siquiera se apartan del camino real. En él nacieron y en él morirán. No habrán cogido moras en los mato-

rros ni habrán rondado los ajenos cercados. Siguen beatamente poniendo el pié en los pasos que los preceden, con la vista fija en el límite que temen traspasar.

« Para ellos la aventura no existe...... trastornaría sus costumbres, retrasaría la hora de su almuerzo. »

*
* *

La pintura es exacta aunque hecha con cierto desdén. Es cierto, hay muchos hombres así... habemos, fuerza será decirlo, muchos hombres así. Pero no todos hemos sido así siempre. Al principio, en el alborear de la muchachez, fuimos los caballeros de esa dama misteriosa y tentadora que se llama la Aventura. La seguimos en el día y en la noche, por los senderos y por los caminos, por las montañas y por los valles ; íbamos con el corazón asustado, y al propio tiempo en éxtasis. Nos heríamos en las malezas, nos desgarrábamos los piés en

las piedras; teníamos para todas nuestras fatigas la indiferencia ó la sonrisa.

Pero fuerza era alcanzar al fantasma y lo alcanzamos, y al estrechar en nuestros brazos la neblina de que estaba formado, nos quedamos un poquito tristes. Aquel abrazo ciertamente no valía nuestro camino, no valía las espinas que pican y las piedras que desgarran, las ortigas que queman y las varas que azotan al paso......

Sin embargo, era tal nuestra sed de lo misterioso, era tal nuestro amor al enigma, que tornamos á seguir á la aventura que pasaba, y otra vez vimos que sus besos eran menos sabrosos que la esperanza de sus besos; que sus ojos, más dulces nos miraban de lejos que de cerca; que lo mejor de la Aventura no era la Aventura misma, sino aquello que la precedía, aquella expectación del alma, aquel temblar ansioso del corazón, con que intentábamos ir en pos de ella. Advertimos que las horas que preceden á una cita son lo más adorable de una

cita; que la mujer más bella es la que no hemos podido besar más que de lejos, en una bruma de ilusión; que, en suma, todo el embeleso del amor, todo el embeleso de la vida, estaba dentro de nosotros mismos..... y que, por lo tanto, más valía resignarnos á las felicidades modestas, á las dichas pequeñas, á las satisfacciones medianas, á los dones que por humildes no enojan al destino, y vestir esa migaja, esa limosna que nos daba la vida, con la más luciente claridad de nuestra esperanza....

Hemos dejado, pues, pasar la Aventura, la hemos visto alejarse con su traje flotante, y no le hemos hecho señas con la mano. Hemos preferido permanecer á la vera del camino, á la sombra del árbol familiar, mirando caer la tarde, contemplando la conflagración del crepúsculo, esa divina aventura diaria, en que muere el día y nace el luto diamantino de la noche...

*
* *

Pero si nosotros, los hombres de este siglo, frios, prácticos, timoratos, prudentes, huímos desdeñosa ó medrosamente de la aventura, ella, placentera ó trágica, terrible ó sonriente, nos acecha en todas partes y acaba por salir á nuestro encuentro, inevitable y poderosa, en un recodo de nuestra existencia.

El hombre que ha pasado cuarenta años en la misma casa, en la casa de sus padres, dentro de lo habitual de una vida ya hecha de antemano en todas sus piezas, sin necesidades y sin deseos, de pronto, una noche, siente que la tierra se extremece con estruendo, que todo cruje en su derredor, que los antiguos muros hereditarios que siempre vió en pie, como guardianes alertas, se desploman con estrépito, que el fuego los invade......

Y en una hora, en unos minutos, en unos segundos, cátalo sin casa, sin fortuna, sin fami-

lia..... casi sin patria! El terremoto lo ha destruido todo. Mañana habrá que vivir otra vida, una segunda vida, de lucha, de esfuerzo, de soledad......

La aventura, en esta vez trágica, ha transitado por nuestro camino.

Y así pasa, á pesar de nosotros, contra nuestra voluntad expresa, burlando nuestro sentido común, nuestra confianza en la perennidad de las cosas, en la solidez del orden constituido, en la obra de los hombres; así pasa la Aventura, nuestra Señora la Aventura, nuestra Emperatríz la Aventura, bañándonos de luz ó penetrándonos de sombra.

Y tiene varios nombres: se llama el « premio gordo », ó « la mujer » que acierta á mirarnos hasta el fondo del alma y que modifica con una sola mirada nuestra existencia, ó el « naufragio », ó el « terremoto » ó « la bomba »......

Sus posibilidades son infinitas, su poder omnímodo. Hasta ayer habíamos sido hombres

metódicos y tranquilos; y hétenos ahora, sin saber cómo, sin prever nada, cabalgando en Al Borak.....

¿Habéis pensado en esa enorme aventura de los mineros de Curieres? ¿Creéis que un novelista la hubiera inventado más espantosa? Y sin embargo, la vida diaria está preñada de sucesos así...

Es en vano que huyamos del azar: él nos espía. El misterio, lo raro, lo extraordinario, palpitan detrás de este tranquilizador panorama de la vida habitual..... ¡Estemos preparados!

XIV

LO QUE SUGIEREN LAS SILLAS

LO QUE SUGIEREN LAS SILLAS

Alarcón, entre sus humorismos madrileños, escribió una vez todo lo que, segun él, escuchaba « una silla del Prado ». Yo no soy silla del Prado, pero también he escuchado muchas cosas. No solo lo que escuchan las sillas, sino lo que ellas dicen.

Desgraciadamente, lo que las sillas dicen tiene muy poca importancia. Las sillas, por lo general, no son inteligentes.

Aun cuando hay varias clases de sillas : desde las aristocráticas cubiertas de ricos tapices y modeladas conforme á estilos admirables, hasta las plebeyas de Victoria, ó de la Canoa, ni unas ni otras tienen pizca de talento.

La silla es un organismo refractario á la cultura. Por algo tiene cuatro patas y está rellena ó tramada de paja... ó de cerda.

Por lo demás, la ineptitud de la silla se explica. Destinada á estar en contacto con la parte más vil del hombre, ¡qué puede aprender! ¡cómo puede civilizarse! ¡qué sentimientos nobles y elevados puede adquirir!

« No hay redención » para la silla, así sea « gestatoria », y ello está de tal manera arraigado en la mente de todos, que fuera de la letanía que llama á la Virgen « Sedes sapientiæ », y esto en estilo metafórico y elevado, bello, noble : en el sentido de « Trono », nadie ha calificado á nadie de « silla ».

¡La ineptitud de la silla! ¡quién se atrevería á negarla!

*
* *

Ahí tenéis, en la historia contemporánea, un sillón colocado por el destino en sitio in-

comparable para asimilarse ideas, para instruirse, para evolucionar : el sillón de Voltaire.

¿Habéis imaginado alguna vez el papel que desempeñó en el siglo XVIII el sillón de Voltaire?

¡Lo que oyó ese sillón! (iba á decir « ¡ese bendito sillón »! pero me acuerdo de que tratándose de Voltaire no había nada bendito y suprimo la palabra).

¡Cuántas argumentaciones, cuántas ironías, cuántos *mots d'esprit*, cuántos alejandrinos más ó menos bien cortados, cuántos madrigales... cuánta filosofía!

¿Y qué aprovechó de todo esto el sillón de Voltaire?

¡Seguro estoy de que no supo quién fué Carlos XII!... ¡ni quién fué Voltaire!

¡Vaya, estoy convencido de que ni siquiera fué un sillón optimista como Pangloss!

Este mueble dejó herederos. Por donde quiera veréis « sillones Voltaire ». Es posible que su nombre os incite á comprarlos, posible que

creáis aprender algo instalándoos en su hueco. Desconfiad : no aprenderéis nada. Os dormiréis en ellos : *voilà tout*.

¿ Y quién os dice que por uno de esos sarcasmos de que es tan pródiga la vida, no despertaréis clerical después de haberos dormido librepensador en un sillón Voltaire?

*
* *

Sin embargo, las sillas y los sillones tienen un supremo talento : son por lo general silenciosos.

Son silenciosos aun en las asambleas : observad, en efecto, que todos los oradores que hablan en las juntas, congresos, mitins, etc., empiezan por dejar el sillón ó la silla, poniéndose en pié. Son silenciosos aun en los banquetes. La prueba es que quienes brindan nunca lo hacen sentados. El sillón no les sugiere nada. Es la copa la que se encarga de sugerirles algo : generalmente estupideces.

Este discreto, este jamás bien alabado silencio de los sillones y de las sillas, ha hecho pensar á algunos, que oían, y de ahí que Alarcón escribiese su fantasía (ya vieja, ¿eh?) sobre « lo que oye una silla del Prado ».

¡Quién sabe si, en suma, las sillas no oyen nada!

Hay que desconfiar de las afirmaciones de los hombres imaginativos.

La imagen no explica ni resuelve las cosas, y á veces es contradictoria.

¿No se nos ha repetido, por ejemplo, hasta la saciedad, que « las paredes oyen »? ¿quién no sabe y no repite que las paredes oyen?

Yo ignoro los siglos y los esfuerzos que nos costó descubrir y averiguar esta verdad axiomática de que « las paredes oyen »...

Y, sin embargo, hay una afirmación que contradice el axioma, y todos admitimos tal afirmación : « ¡ Es sordo como una tapia! » decimos.

« ¡ Sordo como una tapia ! » Pero una tapia ¿no es por ventura una pared?

¿Y no hemos conquistado definitivamente para la ciencia esta verdad comprobada, de que « las paredes oyen »?

¡Verdad comprobada! ¡Conquistas de la Ciencia!

Des chansons que tout cela !

Ni hay « verdades comprobadas » en que se pueda creer, ni sabemos nada de nada.

Los sabios creyeron por mucho tiempo que la materia era eterna, y ahora resulta que se disgrega, y se desvanece como la sombra; creyeron que era inerte, y ahora resulta que almacena energias formidables, en las cuales se originan las fuerzas del universo; creyeron en la generación espontánea y luego se burlaron de ella, y ahora vuelven á creer, y mañana volverán á burlarse; ¡frente á un Pasteur, hay siempre un Pouchet!

Sin embargo, si un simple mortal, como yo, por ejemplo, ó como tantos otros, porque debemos advertir que aún hay simples mortales, se atreve á dudar de un dogma científico

« antes de que los sabios repudien este dogma », pierde su reputación.

Á nosotros, los que no somos técnicos, Sus Majestades los sabios no nos designan más papel que el de los borregos de Panurgo.

Solo que á veces el sabio hace las veces de Dindenaut, y se ahoga con los borregos.

El lector. — ¿Y á qué viene todo esto?

Yo. — Todo esto no viene « á » nada; pero sí viene « de » algo : viene de que las primeras tibiezas primaverales han echado fuera á las sillas, las cuales se alínean cada día más nutridas y numerosas en el Prado, en Recoletos, en todos los paseos de Madrid. Verlas en su actitud expectante y cuasi discreta, sentarme en la que estaba más á mano y echarme á divagar, todo fué uno.

¿Qué cosa seria se puede pensar en las trashumantes sillas de los paseos?

Perdonadme, pues, la digresión, y si os place, tomad asiento á mi lado. Las luces de la ciudad empiezan á salpicar la sombra invasora.

Las parejas juveniles se acercan más para verse mejor. La eterna quimera canta no sé qué cosas aladas en un piano lejano; como en los versos del duque Job, es « noche de luna y de silencio afuera », y el invencible Deseo, padre de la Especie, recorre paso y leve la penumbra.

XV

NUESTRO AMIGO EL GRILLO

NUESTRO AMIGO EL GRILLO

Como una campanita de cristal, se oye por todas partes, cuando llegan las primeras tibiezas del estío, la monótona estridencia del grillo.

Es el grillo real, que se vende, ya suelto, ya en minúsculas jaulas de alambre, de hojadelata ó de bambú.

Es el grillo, canario de los pobres, que con incesante rozar de élitros aduerme inquietudes y arrulla ensueños.

Un poco de lechuga fresca y un poco de calor bastan para alegrarlo.

Las largas antenas ascienden y descienden á través de los intersticios de la jaula y los opa-

cos ojos saltones miran inmóviles, mientras los diáfanos élitros pueblan la siesta y las primeras horas de la noche de un cri-crí metálico.

Los japoneses, que son maestros de paciencia y doctores en minuciosidad, han logrado, á fuerza de selección, crear especies de insectos « cantores ».

Claro que esta última palabra sigue significando aquí un frotamiento de élitros, especial de los « ortópteros », pero de timbre tal, que á veces semeja gorgeo.

El grillo en el Japón es casi un « virtuoso ». Sus élitros, afinados por cruzamientos seculares, por selección tenaz, producen sonidos admirablemente cristalinos.

*
* *

Hay otros insectos que imitan los ruidos y vibraciones más diversos. Á uno de ellos, por ejemplo, se le designa con un gracioso nombre

de sílabas martilleantes, que significa « lejana campanita de plata », á causa del argentino rumor que produce.

En las cálidas veladas del país del Fuji, en los miradores de finas maderas ensambladas, sobre las albeantes esteras, los japoneses pensativos toman el té, mientras desde las jaulitas en que están aprisionados, los insectos amables los regalan con su inocente canción, que se dilata por la paz del ambiente, en la azulada placidez de las noches de luna.

En Madrid, el grillo no es fruto de selección : canta la canción monorrítmica de sus abuelos, pero la canta bien.

Es intensa y de un metal agudo y claro.

Diez céntimos vale un grillo cantor. Jaulas hay de todos precios, desde diez céntimos también, casi todas graciosas.

Así, pues, un niño pobre tiene por veinte céntimos un grillo enjaulado, cuya música, ingénua como su alma, le complace y alegra.

Por veinte céntimos he adquirido yo tam-

bién, — (niño que va volviéndose maduro) — un grillo real enjaulado.

Mientras escribo, sobre mi mesa, la mínima jaula, verdeguea de lechuga fresca.

El grillo la devora ávidamente y ya ahito extiende los élitros y, frota que frota, me dá un concierto.

No creáis que es tan monótono cuando se le escucha con atención. Tiene intermitencias é intensidades variadas.

El latido del reloj le hace coro.

— ¡Cri-cri-tic-tac !

He ahí dos organismos misteriosos que riman el desgrane de mis instantes, el fatal desgrane de los segundos de mi vida en el *mare tenebrarum* de la eternidad...

¡ Cri-cri-tic-tac !

El grillo es uno de los insectos más viejos, el más viejo quizá de los insectos : los paleontólogos le han encontrado en los yacimientos primarios, en abundancia, fosilizado en forma que no difiere de la actual.

Fué, pues, esta bestiecilla humilde la que elevó primero su canto en el seno de la naturaleza genésica.

El *Pitecantropus erectus* la oyó, y arrullado por su estridencia cristalina se durmió en las cavernas primordiales...

¡Canta, oh buen grillo, canta tu milenaria canción que oían pensativos los primeros hombres, mientras labraban cuernos de reno ó acechaban al uro de la montaña!

¡También yo la oiré pensativo; también á mí me arrullarás con ella!

XVI

LAS GEMAS

LAS GEMAS

Cuando se examinan las colecciones de piedras preciosas de los museos, especialmente las que nos muestran en la Galería degli Ufizzi de Florencia, se encuentra uno con una variedad de gemas de la que los modernos apenas si tenemos noticia.

Más de cien clases de piedras preciosas hay en la sala de las gemas de la expresada galería, y todas ellas forman parte de algún *bibelot* exquisito ó bien están talladas con admirable artificio para servir de algo más que de adorno.

Hay por ejemplo: una tabaquera ahuecada en enorme topacio; una anforita de perfumes tallada en una esmeralda; un gran alhajero

hecho todo de una amatista; el busto de Tiberio formado por una gran turquesa; un pequeño busto tallado en un rubí, y así sucesivamente desfilan todos los *bibelots* soñados: arquitecturas frágiles y coquetas, cuyas bases, columnas, capiteles, frontis, son de serpentina, malaquita, jaspe, pórfido, lapiz-lázuli, sardónica, ágata, ópalo, piedra de luna, granate de Bohemia, turquesa; máscaras de jade, coral, cristal de roca; figuras de alabastro de oriente, de feldespatos polícromos, de ámbares translúcidos, de calcedonias, de cornalinas, de zafirinas, de perlas únicas, de ónices maravillosos; cofres de marfil ornados de las más ricas pedrerías; un joyero que perteneció á Diana de Poitiers y que talló Benvenuto Cellini; un cofre de cristal de roca y oro, obsequio de un pontífice á Catalina de Médicis; una columna, también de cristal, con espirales de figuras alegóricas admirables, dibujadas con diamante por el mismo Benvenuto..... y en toda esta enorme colección de piedras, que revisten las más variadas for-

mas, ni una sola para la vanidad del adorno: todas para el encanto del arte. Cada una de ellas añade á su esencia preciosa, á su alma misteriosa y lumínica, el encanto potente que un gran cincelador ó un gran lapidario, ha sabido darle y es, no solo el guijarro caro sino la chuchería insustituible en que la pericia de una mano genial dejó el milagro de una teoría de dioses ó de ninfas, de una greca sabia, graciosa y complicada, de un rostro fijado por el buril y por el diamante.

*
* *

Ahora, en esta plutocrática vida moderna, hemos equivocado por completo el concepto de las piedras preciosas.

Para los antiguos eran ellas como dioses tutelares, como substancias llenas de misterio, y por excelencia simbólicas. Cada piedra tenía su virtud especial: la turquesa palidecía cuando su dueño estaba en peligro de ser asesinado;

el carbúnculo libraba de las visiones nocturnas; la amatista y la esmeralda comunicaban la virtud de la castidad; el zafiro detenía las hemorragias y preservaba de las traiciones; el rubí tonificaba el ánimo triste y hacía huir los malos sueños; además, daba coraje á los cobardes; el diamante preservaba de los venenos; el ágata daba vigor á los miembros; el topacio brillaba cuando el cielo estaba sereno y se enturbiaba cuando había amenazas de lluvia; la amatista, además de comunicar la castidad, preservaba de la embriaguez; el berilo encendía en amor á los más helados temperamentos; el onix causaba tristeza, pero embelleciendo el rostro...

El cristianismo adoptó muchas veces estos símbolos, con las piedras á que iban vinculados, y así vemos aún el topacio y la amatista en las pastorales, en las mitras y en las cruces.

El Renacimiento por todo extremo pagano, vió solo en la gema la hermosura, y profundamente artista, quiso añadir á ella un encanto

más : el que podía darle un lapidario genial.

Nosotros no vemos en la piedra preciosa ni siquiera la belleza que en sí tiene. Para la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres de ahora, la gema es tan solo un instrumento de vanidad. Tanto más mérito tiene una piedra cuanto más costosa es.

Si el hierro llegase á enrarecerse enormemente, hasta ser cien veces más raro que el platino, veríamos á nuestros gomosos, medularmente cursis, con sortijas y alfileres de hierro, encantados de mostrar que habían podido adquirirlos.

Hay piedras preciosas de una belleza ideal. El ópalo, por ejemplo, que en concepto del poeta parece una madrugada y cuya alma encierra tantos enigmas; el topacio, que semeja una condensación de rayos de sol; la amatista, tan llena de símbolos y tan rica en matices, desde el profundo morado episcopal hasta el gris azul de una inefable idealidad; la piedra de luna, que es acaso el más extraordinario de

los feldespatos y que se diría que encierra en su seno todo el embeleso de la estrellada serenidad.

.....Pero estas piedras tienen un enorme defecto: son baratas; están al alcance de todo el mundo...... Su belleza es tan misericordiosa que consiente en dejarse aprisionar hasta por la mano de una mujer pobre..... Así, pues, el aristócrata las desprecia y prefiere á todas ellas no importa qué guijarro caro, montado en insípido platino, porque se sentiría deshonrado si alguien pensara que llevaba consigo un objeto que no valía mucho dinero.

Y así seguiremos viendo brillar en dedos ostentosos hasta el antipático y vulgar diamante amarillo del Brasil, hasta la más chillona policromía de esmeraldas, brillantes y rubíes, antes que la gracia delicada de esas gemas que la naturaleza en su divina sabiduría quiso prodigarnos, porque, como dice el antiguo escolástico, cuanto más perfectas son las cosas con más exceso han sido creadas......

XVII

REBELIÓN

REBELIÓN

Las cosas no se pierden : se esconden.

Todos habéis observado, cuando se os cae un botón, una joya, un objeto cualquiera, que va á ocultarse siempre debajo de los muebles, especialmente en aquellos rincones de sombra de donde es más difícil sacarlo.

Desde allí os acecha, ve que le buscáis y parece reirse de vuestro esfuerzo.

Mientras vosotros rastreáis casi congestionados, él se acurruca, se repega á la pared ; se diría que hasta apaga su brillo metálico para que no lo veáis.

Hay ciertamente en los objetos de nuestro uso una rebeldía, una indisciplina de que no

nos damos cuenta sino aguzando los sentidos.

Son nuestros esclavos, pero por fuerza. El metal ó la substancia que hemos torturado para construirlos, alienta misteriosos deseos de represalia.

Las tijeras ó la aguja están esperando el menor descuido para pincharnos.

El cortaplumas hace todo lo posible para que lo dejemos abierto en el bolsillo.

El alfiler prendido en la camisa saca la punta dispuesto á arañar.

Se trata de una verdadera conspiración, tanto más terrible cuanto más silenciosa.

Antes de morir podrido de herrumbre, el metal de los utensilios se venga : ¡ la cacerola de cobre nos envenena, el cuchillo de mesa nos corta, el cascanueces nos muerde !...

Hay objetos que con una paciente labor acaban por hacer un agujero en los forros del chaleco, especialmente los corta y portaplumas, los lapiceros y limpiadientes. Por allí se esca-

bullen y se sustraen así temporal ó definitivamente á nuestro dominio.

Á veces, cuando ya no los buscamos, se hinchan hasta formar un bulto que nos molesta, y parecen decirnos : « ¡ Aquí estoy, imbécil ! »

Entonces empieza la cacería : nuestros dedos tentalean el doble espesor de la tela y los pícaros se escurren de lo lindo.

No hay manera de hacerlos salir por donde han entrado...

Suele ser preciso abrir un nuevo agujero en el forro, ó ahondar desesperadamente el primero... es decir, maltratar la prenda, que es lo que ellos quieren.

Al fin vencemos, pero con cuánto esfuerzo...

Y á la primera oportunidad el espíritu ágil, refractario y sutíl de los metales, sugerirá una nueva escapatoria...

Así posee el hombre lo único que juzga poseer mejor : lo que, candorosamente, llama « la materia inerte ».

Y aún pretendemos enseñorearnos de entidades ó cosas menos sumisas : del aplauso de las multitudes, de la voluntad de un amigo ó del corazón de una mujer...

XVIII

DIME LO QUE BEBES
Y TE DIRÉ DE LO QUE HABLAS

DIME LO QUE BEBES
Y TE DIRÉ DE LO QUE HABLAS

La acariciadora tibieza del aire y el primor de los árboles, enjoyados de retoños, incitan siempre á dejar la casa y pueblan las calles de una multitud baldía, contenta de sentirse vivir.

Los cafés, como es costumbre en cuanto la temperatura lo justifica y autoriza, instalan en las aceras el frágil moblaje de sus « terrazas », y la contínua explosión de conversaciones, antes confinada en las cuatro paredes del establecimiento, ahora se produce en pleno aire y á pleno sol.

Estas conversaciones tienen muchas fisonomías para un observador medianamente curioso y tales fisonomías cambian y se diversifican, no en razón de los diversos asuntos en que las

conversaciones se inspiran, como pudiera creerse, sino en razón... de lo que beben los conversadores mismos.

Un ejemplo aclarará este aserto :

Hay en la calle de Alcalá dos ó tres cremerías cuya clientela, en primavera y en verano, es numerosa.

Á las seis de la tarde, abundan los que, refractarios aún á la casi universalizada usanza inglesa del « five o'clock », encuentran que una taza de chocolate ó un vaso de leche pasteurizada son deliciosos.

No creáis que se trata de una clientela de viejos llenos de alifafes : hay hombres jóvenes y mujeres bonitas que bucolizan la vida con leche pura ó la regalan con el ortodoxo chocolate, castizo y abacial.

*
* *

Pues bien, vale la pena oir las conversaciones de tan apreciables personas.

¡Quién habla allí de política!

¡Ni para un remedio hay descontentos de la situación actual!

No oiréis ni por asomos, exclamar:

— «¡Si yo fuera Gobierno!» — ó bien:

— «¡Sólo en España se ven cosas semejantes!» — ó:

— «¡Aquí no se puede vivir!...»

Exclamaciones todas, que pronunciadas ásperamente por unos señores embozados en capas negras con vueltas azules y rojas, os solicitan el oído, á cualquiera hora, en el café.

En las cremerías, se dijera que todo el mundo está contento con su suerte, con sus gobernantes, con las orientaciones de la política: se dijera que todo el mundo experimenta la *joie de vivre*, se dijera, en fin, que todos los ojos expresan en su silencioso idioma de luz estas palabras:

— *Et in Arcadia ego!*

¡Oh poder sedante de la leche pasteurizada!

¡Oh singular influjo del castizo chocolate abacial!

*
* *

De cada boca que se entreabre se imagina uno que va á salir una égloga de Garcilaso, y si no sale, sí surgen, cuando menos, frases mesuradas, serenos conceptos, comentos apacibles de los sucesos...

Alguna vez, muy de cuando en cuando, se habla de enfermedades; de tal ó cual niña anémica, láctea como el vaso que tiene delante, de tal ó cual caballero que á anteriores intemperancias en el yantar, debe un rebelde desarreglo de los órganos digestivos; pero estas son excepciones : en general, sino por su alteza, sí por su ecuanimidad y mansa índole, las conversaciones son diálogos de Platón, ó bien departimientos de una galante y atomillada aldeanía, como los que podrían tener sonrosadas parejas de pastores en un paisaje de Watteau...

Pero pasad de allí á los cafés, y de allí á los *bars*.

¡Jesús! ¡los *bars*!

¡Qué caliginoso concepto de la vida se tiene en los *bars*! ¡Qué descontento nervioso y exaltado de las actuales condiciones de la sociedad! ¡Qué espasmódicas protestas, qué azogadas aptitudes, qué airadas exclamaciones!

¡Allí se habla del amor como de una conflagración, de la política como de un cataclismo!

La opinión, el juicio, respecto de los demás, tienen la acidez de los limones más agrios.

Y trémulo aún el oído por la displicencia de los réspices, por lo acerado de las ironías, por la intensidad de los vocablos, salís, ¡oh buenos amigos mios!, del *bar* inquieto; retornáis á la leche pasteurizada, y ya en la cremería, deseosos de resarciros de la anterior ansiedad, iniciáis una de esas lentas, claras y ponderadas conversaciones, propias sin duda de las almas vestidas de blanco, que pasean, al caer de las tardes luminosas, por los Campos Elíseos!

XIX

LOS QUE QUIEREN IRSE « DE ESTA ESTRELLA »

LOS QUE QUIEREN IRSE « DE ESTA ESTRELLA »

« Y si veía una estrella á través del cielo brumoso, la elegía inmediatamente por morada. »

Esto dice, poco más ó menos, un escritor amigo mío, en reciente artículo sobre cierto filósofo, y recuerdo sus palabras porque reflejan un estado de ánimo muy general. No solo los poetas y los artistas : la inmensa mayoría de los hombres, en momentos determinados, desea irse á otra estrella [1].

El sabio, el justo, el inocente condenado por una ley llena de falibilidades, hartos de tristeza, piensan que estarán mejor en otros mundos

1. Ya sé que la tierra no es una « estrella », señores astrónomos, ya lo sé... pero dejadme honrarla con este nombre, ahora que estoy de buen humor.

lejanos, donde haya, como dice el himno protestante, *á juster judge than here...*

Tenemos un alto concepto de las estrellas, hasta de las de teatro, y estimamos en muy poco nuestro planeta.

Imaginamos que todo aquel bien, que toda aquella lógica, toda aquella belleza que no han podido cuajar en este mundo, deben existir en un mundo distante, perdido en la constelada serenidad de la noche infinita...

*
* *

Claro que no andamos descaminados. En realidad, la ciencia descubre cada día más estrellas que son centros de sistemas planetarios. Sirio, por ejemplo, uno de los soles más grandes que se conocen, posée un compañero que pudiera ser muy bien un gigantesco planeta, y en general muchas de las estrellas llamadas variables, que descienden ó ascienden dos ó tres magnitudes en breves plazos, la

maravillosa de la Ballena (ó « Mira Ceti ») por ejemplo; Algol y tantas otras, no son, en suma, sino núcleos de sistemas planetarios, nublados á intervalos regulares, para nosotros, por las gravitaciones de sus mundos.

Nada tiene, por tanto, de extraño que en ese abejeo perenne de orbes que se encuentran en todos los períodos de la evolución, los haya mejores que nuestra tierra; pero advirtamos también, porque es justo, que, cuando menos en el sistema planetario del cual formamos parte, la Tierra, lejos de merecer desdenes, es una de las moradas más amables y bellas.

En efecto, el período de solidificación en que se halla, su enfriamiento poco avanzado, su distancia del sol, etcétera, nos la vuelven confortante. Mientras que en Marte, por ejemplo, los pocos mares que quedan (si es que quedan) son mediterráneos, nosotros poseemos océanos inmensos en proporción enorme con respeto á los Continentes. Nuestra atmósfera no está, ni tan penetrada de vapor de agua

como la de Venus ó la de Mercurio, donde el espesor de las nubes debe ser considerable, ni tan rarificada y pobre de humedad como la de Marte, donde las lluvias son muy raras y preciosas[1].

Es posible que Mercurio y Venus nos venzan en elevación de montañas y belleza de paisajes, en desfiladeros y simas dantescos, pero, ¡qué calor! Por más que la atmósfera lo mitigue, no es de desearse un veraneo en esos mundos, desde los cuales casi nunca se pueden admirar los celestes embelesos de la noche.

En cuanto á los planetas mayores, Júpiter está apenas en formación; no ha perdido aún del todo su calor propio, y cuando la Tierra haya alcanzado un período de evolución avanzadísimo, en aquel globo chato y gigantesco, apenas se moverán entre los légamos los grandes monstruos primordiales.

Saturno es ciertamente un mundo admirable,

1. La humanidad marciana se muere literalmente de sed, según Percival Lowell.

con sus numerosos satélites y sus anillos concéntricos; pero el calor que recibe del sol es unas « noventa veces » menos intenso que el que logra la Tierra, y como sus días son mucho más cortos que los nuestros, el frío que sentiríamos allá no es para dicho. Un lapón se helaría en dos minutos.

Urano y Neptuno están á distancias tales del sol, que la luz y el calor que reciben son, en el primero, 160 veces y en el segundo 200 veces menores que en la Tierra, y nada digo — porque nada sé — del planeta transneptuniano, que debe existir « por fuerza ».

Claro que esto nada significa para la vida de seres especialmente organizados, ya que hay gérmenes que resisten sin morir el frío del espacio; ya que la naturaleza y la vida tienen plasticidades sorprendentes; pero de todas suertes, nosotros estamos mejor aquí...

¡ Irnos á otra estrella, á otro planeta !

Se ve bien que á veces no meditamos en los inconvenientes del viaje.

Cierto que en este mundo que habitamos hay muchos moscones que nos molestan, muchos comerciantes que nos roban y envenenan, muchos amos despóticos é irascibles, muchos ricos petulantes, avaros y frívolos, muchos jueces venales, y tontos á porrillo que se regodean en los placeres, mientras otros tontos se mueren de hambre; pero, tras de que no sabemos si en lejanos planetas hallaremos lo mismo, hay que pensar en que la humanidad, con relación á la vida de la Tierra, es como un bebé de dos años.

¡Qué juicio se le puede exigir á un bebé de dos años!

Todo ello se arreglará, pues, con el tiempo.

Tengamos paciencia; en vez de pretender irnos á otra estrella, procuremos reformar esta y no nos muramos sin la convicción froebeliana de que, aunque sea en un átomo, hemos mejorado el mundo.

XX

LAS COSAS VIEJAS

LAS COSAS VIEJAS

Hay muchos que se burlan de los coleccionistas.

Esos maniacos inofensivos que reunen timbres ó tarjetas postales, barajas y *tarots*, medallas y monedas, vasos antiguos, piedras... ¡qué sé yo! estimulan á las veces el espíritu agresivo de los demás y son uno de los mejores blancos para las ironías.

Sin embargo, nada hay que ayude tanto á la historia del mundo como la colección. En la colección está el secreto de la vida íntima y de la vida pública de las razas : un hueso labrado, una ánfora rota, un silex, nos dicen con la persuasiva melancolía de su silencio, con la suave *tristitiæ rerum* de los latinos, todo el

poema de luchas, de impulsos, de esfuerzos, que llevaron á nuestros abuelos desde los limbos profundos de la animalidad, hasta la conquista de esa lucecita misteriosa que se fijó como estrella sobre sus frentes... y con la cual ciertos pintores adornan á los ángeles...

Hay una infinita poesía en el anillo de hierro que se advierte en el dedo seco de una momia, en la redoma de irisado vidrio que contenía los ungüentos de una cortesana antigua, en el arma imperfecta que defendió la azarosa existencia de un lacustre, en el juguete ingenuo que alegró la alborada de un niño de otros siglos ; pero además de esa infinita poesía, en tan frágiles objetos está toda la historia, porque el documento histórico no vive en la palabra vana, hija del viento, sino en aquello que sirvió y acompañó al hombre á través de su peregrinación por la tierra.

No hay colección, por insignificante que pueda pareceros, que no constituya un documento utilísimo, y esa paciencia de los mania-

cos y ese entusiasmo con que se consagran á hilvanar objetos y esa fiebre con que los buscan y ese afán con que los compran y esa liberalidad con que los pagan, son utilísimos á la ciencia.

Dejad así mismo que los ricos coleccionen, estimuladlos á que lo hagan. Sin ellos, ¡cuántas preciosas chucherías que constituyen admirables indicios de vidas lejanas, se perderían!

*
* *

Los Goncourt, para escribir los bellos volúmenes sobre el siglo XVIII que son aún el encanto de los espíritus cultos, coleccionaron innumerables objetos preciosos. Sus vitrinas estaban llenas de relojes, de bomboneras, de espejos, de tabaqueras, de sortijas, de miniaturas de aquel adorable siglo, frágil, elegante, artista, perverso, galante y revolucionario.

Y cada una de las naderías amables les reconstruía una existencia de hombre ó de mu-

jer, de rey ó de cortesano, de sabio, ó de artista, de soberana ó de favorita, de monja ó de marquesa, en todos sus detalles, y aquel haz de existencias disímbolas, cuyo espíritu parecía estar como aprisionado por los objetos mismos, les contaba, en la paz de las tardes y en el silencio de las meditaciones, las deliciosas páginas sobre madama de Pompadour ó madama Dubarry, sobre Luis XV ó Watteau, sobre Luis XVI y María Antonieta, que todos conocemos. Cada uno de aquellos *bibelots* sabía una intimidad y repetía una historia. Para los expertos oídos de los dos hermanos ilustres no había bombonera, ni frasco, ni tabaquera, ni reloj, ni porcelanita de Sajonia, que no fuera indiscreto... ¡y sabido es que no han sido jamás indiscreciones tan deliciosas como las que se refieren al siglo XVIII!

*
* *

Si alguna vez paseáis por Pompeya, veréis

cuánto más os cuentan que todos los libros, esos menudos objetos, ó restos de objetos, que se hacinan aquí y allí y que luego van á los museos.

¡Yo os aseguro que las vitrinas de los museos tienen para mí un supremo encanto!

¡Cuántas veces he permanecido horas enteras contemplando antiguos trajes de seda, escarpines y pantuflas en que el oro se desvanece, listones de matiz desvaído, joyas contrahechas en que los cabuchones de esmeralda ó de zafiro misteriosamente brillan con brillo apagado! ¡Y cómo y hasta qué punto he sido el solitario y enamorado confidente de un libro de horas, de un espejo empañado, de una sortija pálida, de una tunicela de raso, de una bombonera de *biscuit*!

¡Ah! ¿vosotros no sabéis lo que me ha cuchicheado la tabaquera de cierto enciclopedista? ¡Lo que sabía esa tabaquera, Dios Santo! ¡Las burlas, los escepticismos, las filo-

sofías que salían de esa tabaquera de enciclopedista!

Vosotros no imagináis lo que me ha dicho un viejo frasco de perfume... No os diré jamás lo que he conversado con un abanico lleno de miniaturas, ¡ ah... vive Dios que no os lo diré jamás!

XXI

DE LA ELEGANCIA

DE LA ELEGANCIA

Una de las palabras más lamentablemente alteradas en su significación, es la palabra « elegante ».

« Fulano, decimos, es elegante : se viste en Londres. » Ó bien : « lleva ropa admirablemente hecha »; ó bien : « tiene la mar de trajes. »

Todos sabemos, sin embargo, que ser elegante no es ni vestirse en Londres, ni llevar ropa bien hecha, ni tener la mar de trajes.

El Diccionario (uno de los mejores diccionarios que existen en castellano) define así al elegante : « Dotado de gracia, nobleza y sencillez, airoso, bien proporcionado, de buen

gusto.» El de la Academia lo define casi de manera idéntica.

Sólo por analogía se llama elegante al hombre que viste con sujeción á la última moda. Y esta analogía es poco apropiada.

En realidad, debería llamársele de otro modo más adecuado. Hasta gomoso, hasta «pisaverde», hasta «petimetre»... pero no elegante.

La elegancia consiste en cierto discreto señorío, en cierta majestad innata, en cierto ritmo inimitable del movimiento, en cierta noble gracia de la actitud.

No se puede ser elegante más que con una figura distinguida, y ésta la naturaleza la da con parsimonia á quien le place. Suele negársela á un monarca y otorgársela á un pastor.

*
* *

No depende la elegancia de la inteligencia ni de la elevación moral.

El divino Sócrates era casi rídiculo, y el vano y ostentoso Alcibiades parecía un dios á su lado.

En las bestias, las inferiores superan á veces á las superiores en éste dón.

El gato, por ejemplo, es el animal más elegante de la creación.

Todos sus movimientos, todas sus actitudes, tienen un sello de agilidad ondulante y fina y un ritmo lineal insuperable.

El elefante, en cambio, excediéndole tanto en inteligencia, pasea grotescamente su vasta fealdad paquidérmica.

El pájaro es elegantísimo, y lo son, al propio tiempo, muchas mujeres que se le parecen, que no piensan más, por cierto, que esos seres alados y « sagrados » como los poetas.

Hay en la elegancia nativa una invencible orientación hacia todo lo que es gracioso y una invencible repugnancia por todo lo que es ridículo.

Al elegir un matiz, un color, una joya, un

adorno, la elegancia busca, por secreto impulso, la proporción y la euritmia.

Es casi imposible que una mujer elegante por naturaleza caiga, por elección deliberada, en un color chillón, en una forma pesada ó tosca, en una línea impropia.

La moda será para ella un recurso perenne, jamás una tiranía.

No incurrirá nunca en la estupidez de ponerse un sombrero que no cuadra ni á su fisonomía ni á su cuerpo, simplemente porque se trata del *dernier cri* en asunto de sombreros.

No le importará tampoco llevar una prenda más ó menos *démodée* con tal que siente bien á su género de belleza.

*
* *

Como la elegancia es flor rara y exquisita, muy más rara naturalmente en el hombre, los ingleses, con supremo acierto, han ideado lo que se llama el « tono neutro ».

El tono neutro impide ponerse en evidencia á aquellos (y se llama legión) á quienes la madre común no dió la « nobleza y sencillez airosa » de que habla el diccionario.

Puesto que es tan raro poseerla y distinguirse merced á ella, no nos distingamos, en tesis general, en ningún sentido. Ni siquiera por la nimiedad y escrúpulo en el buen vestir.

Vayamos por la calle « como todo el mundo », sin pecar por exceso ni por defecto. No corramos al par que la moda. Sigámosla más bien, discretamente.

Huyamos de los sastres audaces y aduladores.

De los audaces, porque es muy difícil iniciar una moda.

De los aduladores, porque el noventa por ciento de lo que nos aconsejen, no convendrá quizá ni á nuestra estatura ni á nuestra color, ni á nuestro grado de robustez ni á nuestra edad.

*
* *

Mas si un día tuviésemos que llevar en sociedad una prenda difícil, llevémosla con garbo, con tupé, con desenvoltura y desparpajo... No vayamos como pidiendo á los demás perdón de usarla, y como aguardando, mohinos, el alfilerazo del amigo íntimo.

Recordaré yo siempre, á este propósito, la actitud de cierto pollo de México, á quien encontré una mañana en Plateros, bastante intimidado.

— Te ruego, me dijo, que me acompañes hasta Guardiola.

— ¿Para qué?

— ¿Sabes?... llevo monóculo, como habrás visto, y siento una poquilla vergüenza... ¡Acompáñame!

— Cuando no se tiene el valor de llevar monóculo, le respondí con sentenciosa pero-

grullada, no lo usa uno. El monóculo debe ser impertinente... Si el tuyo es tímido, guárdatelo. ¡Yo no soy cirineo de gomosos vergonzantes!

XXII

CUANDO DESCANSAN

CUANDO DESCANSAN

Estamos en el « corazón del estío », como diría un francés, y todo el mundo se va.

Es preciso irse á alguna parte. ¿Para huír del calor? No, ciertamente, ya que en las estaciones balnearias, por lo general, hace más calor que el que sentimos en casa, cómodamente instalados, entre nuestros muebles familiares. ¿En busca de *confort*? ¡Ah! no: el más lujoso hotel no nos proporcionará esa sensación de comodidad que experimentamos en nuestro rincón, más ó menos modesto. ¿En pos de aire puro?

¡Ah! desde luego el aire del mar — y en esto los médicos, por excepción, están de

11.

acuerdo con los clientes, — tiene admirables condiciones de salud y de vida.

Se han analizado y comparado el aire de una playa cualquiera y el de París. En el primero, el número de bacterias es casi nulo ; en el segundo... todo es bacteria, como en el río del cuento andaluz « todo era pesca »...

Nada más lógico, más sano, más oportuno, pues, que escaparse anualmente de las grandes ciudades hacia las playas, hacia el mar, padre de nuestra sangre, « reservario » de toda vida y de toda fuerza...

Pero...

Pero veámos un poco la manera que tiene la gente acomodada, de entender el veraneo.

En primer lugar, se escoge una playa á la moda, es decir, una playa frecuentada por el « mundo » elegante, que es el « mundo » que viaja más : una playa en suma, atestada de gente y donde se empieza por encontrar á todas las amistades de la corte.

Se instala uno en un lujoso hotel, y hecho esto se dedica al « reposo ».

Hé aquí el programa de este « reposo ». Por la mañana, la señora se viste con traje de calle y sale un poco, generalmente para hacer compras.

¡ Se necesitan tantas cosas á la orilla del mar !

En seguida á comer : una comida llena de salsas, y luego el café en el *hall* ; las murmuraciones del día, etc.

Por la tarde, excursión en automóvil, té, alguna aventurilla, etc. En seguida á vestirse para la cena. Después al casino. En el casino se juega un poco, al vivo fulgor de las lámparas. Hace un calor terrible... sobre todo cuando se pierde el dinero.

*
* *

Á eso de las dos de la mañana, vuelta al hotel, á dormir con sueño nervioso y breve.

Al cabo de un mes ó dos de esta vida tan higiénica, el hombre ó la mujer de mundo pesa generalmente cinco ó seis kilos menos.

El estómago anda mal. La gota acecha... el hígado y el riñón están intratables.

Entonces se vé al médico, quien receta, según el caso, Dax, Vichy, Carlsbad, Evian, etc.

Y nuestro amigo ó nuestra amiga deja la playa.

¿La echa de menos? Á decir verdad, no, porque en realidad no ha estado en la playa : ha estado en el hotel y en el casino.

¿El mar? ¡Quién se ocupa de él! Lo habrá visto de pura casualidad al paso del automóvil.

Cierto día el *Fiat* ó el *Mors* (90 H. P. lo menos) tuvo una *panne* cerca de la playa, y entonces fué preciso contemplar aquella palpitante inmensidad, verde en la ribera, azulada después, gris más allá, al difuminarse en la lejanía imprecisa...

La *panne* duró una hora. Esos sesenta minutos son los únicos en que nuestra elegante amiga X. ó Z. ha visto el mar durante el verano.

En Carlsbad, Vichy, etc., la vida no va á modificarse mucho que digamos. Se tomará cierta agua en las comidas y á determinadas horas y el resto del tiempo se pasará en el hotel y en el casino

Otros cinco kilos menos de peso, cuando ha concluído la « cura »...

*
* *

Al fin llega octubre; el grave y pensativo octubre, en que la naturaleza, según la expresión del poeta italiano, tiene la reposada y melancólica serenidad de una madre que acaba de dar á luz.

Es fuerza volver á las metrópolis, á las urbes tentaculares que nos aguardan para devorar nuestras horas.

Y el mundano ó la mundana vuelven.

La vida social, lenta al principio, va activándose paulatinamente; pero como hay cierta normalidad dentro del movimento, los cinco ó diez kilos perdidos se recobran.

Como, por otra parte, ha pasado el período ese de reposo en el balneario de moda, se empieza á descansar de veras...

No más casino. No más hotel. El mísero estómago, agradecido, procura digerir; los nervios se distienden; la horrible fatiga de no hacer nada, desaparece. El encanto íntimo de los muebles propios, de las cosas usuales, envuelve de nuevo á la elegante *blasée*.

Y todo marcharía bien... ¡pero hay que partir de nuevo!

Hay que ir á Pau, á Niza, á Montecarlo... á buscar un poco de calor (en los focos incandescentes de los casinos). Hay que ir á respirar las brisas tibias del Mediterráneo... en los *halls* de los hoteles.

Y así sucesivamente, hasta que se cae, de

golpe ó en lenta agonía, en cualquier sanatorio, en cualquier cuarto de hotel, en cualquier *hall* mientras los zíngaros tocan un vals « azul » ó « rosa » y el sol se pone en las aguas como una inmensa gloria que naufraga... sin que nadie lo vea ni le haga caso...

¿ Hay cosa más cursi, por ventura (aun para un enfermo), que contemplar las puestas del sol ?

Por eso yo las miro mucho, mucho, por todos los que no las ven...

XXIII

EL PECADO DEL LIBRO

EL PECADO DEL LIBRO

¿Cómo es esto, poetas, cómo es esto filósofos, sabios, hombres de meditación y de alteza, vosotros que amáis tanto los árboles, vosotros que soléis plantarlos con tanta solicitud, vosotros que os reposáis con tan sereno goce á su sombra; vosotros sois precisamente los que contribuís á destruirlos?

En efecto, una gran voz comienza á oírse en todas partes; una gran voz de alarma: el papel está matando al arbol. El libro es el enemigo natural del bosque.

Cuantos más libros, revistas y periódicos se publiquen, más inconsiderada ha de ser la tala, y no está muy lejos la visión horrible de un desierto sin fin, abrasado por un sol sin mise-

ricordia, donde la dulzura y el misterio de los antiguos paisajes umbrosos, solo han de ser posibles ya en los lienzos de los pintores y en las descripciones de los poetas.

Gracias al comercio cada día más gigantesco y avasallador del papel impreso, el desmonte avanza implacable. Las actuales selvas desaparecen una á una, la tierra va quedando desnuda de la verde cabellera que le formaron los milenarios y pronto será como una gran esfera eriaza y escueta, en la que acabarán por empequeñecerse hasta las mismas colosales arrugas de las montañas, en virtud de continuos derrumbes, que se deben á la carencia de humedad, y de esa falta de trabazón de raíces, que detiene el humus benéfico.

*
* *

Todos sabemos que el primer papel al cual el hombre confió la maravilla de su pensamiento, fué la hoja de la palmera. Ese abanico

de esmeralda precedió en muchos milenarios á los que hoy guardan entre su varillaje dorado y sus sedas suaves, los versos generalmente anodinos de los poetas. La corteza de los árboles también sirvió de libro á nuestros antepasados, como sirve aún á las parejas sentimentales para grabar cifras y nombres.

Muchos siglos después, nuestros antepasados sustituyeron éstos vegetales confidentes, por la tablilla cubierta de cera, que tal privanza tuvo entre los romanos, y por las laminillas de plomo.

En Egipto, en vez de la hoja de palmera fué la corteza de papyrus, la que sirvió para escribir (de ahí el nombre de « papel »), y cuando los romanos conquistaron la tierra de Cleopatra, entre otras muchas cosas aprendieron á usar el papyrus, que dominó casi exclusivamente después en Grecia y en Italia.

Vino más tarde el pergamino, en el que desde el comienzo de la era cristiana hasta los albores de la edad moderna, se almacenaron la

ciencia y el pensamiento del mundo, y por fin el papel tal cual lo conocemos ahora[1] pero no tal como lo fabricamos ahora. En efecto — ¡y esto quien lo ignora! — hasta hace muy poco tiempo el papel se fabricaba con hilachos.

El andrajo, después de rodar por todos los muladares, se ennoblecía. Después de mancillarse con todas las inmundicias revestíase con brillo imperecedero de ideas. Compensación más bella y liberal pocas veces se vé en la vida para un triste destino.

Primero ser gala; luego, andrajo, después... gloria.

Y era bueno, y sólido, y duradero, ese papel hecho de viejos trapos. Los siglos dificilmente lo destruyen.

Hoy en cambio el papel se fabrica con toda

1. Ya en el siglo XIII abundaban los manuscritos en papel inventado en China y que los árabes de España introdujeron en Europa.

El papel de lino se llamaba entonces *charta* y el de algodón charta *bombicina*.

clase de sustancias vegetales, de las que se hace una pasta.

Se emplea frecuentemente la paja, pero sobre todo fibras de madera, y he aquí de dónde dimana el peligro para los bosques, el nuevo peligro mejor dicho, porque la avidez humana los ha amenazado siempre, á todas horas, en todas formas y con horrible tenacidad.

La producción del papel alcanza en la actualidad cifras inimaginables. Sólo con lo fabricado en diez años en Estados Unidos habría para envolver la tierra como se envuelve un caramelo.....

En ningún país se había logrado, por otra parte, fabricarlo más barato que en la Unión Americana. Por unos cuantos céntimos se llevaba el público en cada diario el contenido de un libro y hojas suficientes para tapizar una alcoba..... Lógico es, por tanto, que allí sea también donde comienza á notarse el efecto de la devastación.

Los grandes bosques desaparecen, y no ya

para convertirse en muebles más ó menos confortantes y lujosos, sino en hojas tenues que duran mucho menos que las otras, verdes y trémulas, en que cantaba el viento; en hojas impresas que viven un día, á veces una hora y que luego se deshacen para siempre...

Así se van los árboles, los hermosos, los nobles árboles hospitalarios.

Y cosa lamentable : ellos que han sabido durar siglos no comunican tal duración á las hojas estas de papel que el hombre forma con sus fibras. El papel de madera es el más inconsistente de todos los papeles. Los libros hechos con él en breve tiempo tórnanse polvo, á un grado tal, que se piensa ya seriamente en imprimir en hojas de sustancia menos deleznable, aquellas obras que son gloria y guía de la especie y que por ningún concepto deben desaparecer.

*
* *

Cabría acaso un consuelo ante esta tragedia

de los árboles; el de pensar que los sacrificamos á las ideas, á la cultura de las almas.....

Pero ¡ay! ¿no estamos todos por ventura convencidos de que la mayor parte de aquello que se publica en libros y periódicos, mejor hubiera estado en el silencio?

Dumas decía que la mitad de las cartas que se pierden, deben perderse, y yo creo que las tres cuartas partes de los libros que leemos no debemos leerlos.

El número de necedades impresas que anda por el mundo, es infinito como el de los estultos, según Salomón.

¡Y para eso destruímos los árboles, los árboles llenos de belleza, de misericordia, de mansedumbre y de majestad!

Seamos siquiera justos y demos á nuestras mudas víctimas una compensación: Puesto que el libro y el periódico contribuyen á destruir el árbol, hagamos que contribuyan en medida mayor á plantarlo. Prediquemos todos

los días el respeto y el amor á nuestros bosques.

El proverbio árabe dice que nadie debe morirse sin haber tenido un hijo, escrito un libro y plantado un árbol.

Prescindamos en buena hora del hijo, si no somos bastante sanos para engendrarlo fuerte; del libro, si no somos bastante inteligentes para escribirlo, bello y útil; pero plantemos el árbol, y si es posible, dos árboles más : uno por el hijo que no tuvimos, otro por el libro que no nos fué dado escribir.

XXIV

SEAMOS ALEGRES

SEAMOS ALEGRES

¿Por qué están alegres los pájaros?

Esta sencilla pregunta no ha podido ser resuelta aún, quizá por su sencillez misma.

Las pájaros no están alegres porque llega la primavera.

Hay en los Alpes bávaros ruiseñores, que saltan y cantan en medio de la nieve.

Los pájaros no están alegres porque tienen alas.

Razón suprema es para la alegría eso de tener alas; mas los pájaros son tan alegres en cautividad como libres.

Bien sé que la epístola de Andrada afirma que

> Más precia el ruiseñor su pobre nido
> de pluma y leves pajas; más sus quejas
> en el bosque repuesto y escondido,
> que de un príncipe insigne las orejas
> lisonjero agradar, aprisionado
> en el metal de las doradas rejas.

Pero esto es pura poesía.

El ruiseñor no ha dicho nada sobre el particular, y á juzgar por su aturdido júbilo en las jaulas, poco se le da del nido de leves pajas.

Yo tuve uno de esos ruiseñores llamados «japoneses», al cual había frecuentemente que alejar de mi habitación por que su alegría atolondrada y ruidosa me impedía á veces trabajar.

Para él no había días nublados ni lluviosos. El horror del invierno se estrellaba en su persistente y cristalina felicidad.

*
* *

No, la alegría de los pájaros no está enhebrada en un amarillo rayo de sol, ni en un ambarino rayo de luna.

Los pájaros están alegres por una razón más modesta y menos vistosa : están alegres por que están sanos.

El intestino del hombre es como un gran conductor de tristeza.

Allá en los milenarios, cuando su vida dependía de su huída ante la persecución de los monstruos prediluvianos ó ante el espantable rigor de los cataclismos, la « bestia vertical » requirió y obtuvo de la misericordiosa plasticidad de la naturaleza el gran intestino, y allí empezó su *fatum* lamentable.

En los repliegues de ese órgano comenzaron á pulular y á prosperar colonias de gérmenes que se han comido desde entonces la dicha de vivir.

El pájaro es alegre porque tiene un intestino poco complicado.

Y es triste el hombre por la razón inversa.

«Come como un pájaro», se dice para indicar la sobriedad excesiva de algunas gentes.

Absurdo lugar común.

El pájaro es el ser más glotón de la naturaleza; apenas si le iguala el escarabajo sagrado que devora una cantidad de estiercol igual á muchas veces su volumen (véanse las intensas páginas relativas á *La vie des insectes* de J.-H. Fabre).

El pájaro come durante el día una enorme cantidad de alpiste, de mijo, de cañamones, de azucar, de escarola, de miga de pan.

La fuerza que gasta en comer y saltar es incalculable.

Pero el Arcano le dió ese supremo dón de la simplicidad intestinal y con él la más extraordinaria alegría de vivir que conocemos.

*
* *

¿Se atrofiará alguna vez el gran intestino?

Puede afirmarse ya que sí. Muy pronto (dentro de la prontitud secular de las transformaciones) el hombre vivirá de pastillas químicas y sus aparatos digestivo y evacuador tornarán á una sencillez primordial.

Mas, entre tanto, la alegría de la vida, el todo poderoso secreto de la *joie de vivre*, está en la sobriedad y en el vegetarianismo.

« Hay pueblos tristes », se dice.

« El pueblo de México es un pueblo triste », se afirma.

Es cierto; pero la tristeza de los pueblos no procede sino de la índole de su alimentación.

Cuando en México no se coma chile ni se beba con exceso, nuestro pueblo será alegre, radicalmente alegre aun en su pobreza.

El pueblo español es un pueblo esencialmente alegre, dígase lo que se diga, alegre á

pesar de todo, pero es tambien uno de los pueblos sobrios y frugales de la tierra.

Según d'Alembert, la felicidad más pura del hombre consiste en satisfacer todas las mañanas la... más baja de las necesidades fisiológicas (sí es que en esto de la fisiología puede haber algo que no sea noble...).

Pues bien, para satisfacer normal y plácidamente exigencia tal, la frugalidad y la sobriedad son indispensables.

Vegetarianismo y agua clara : he aquí las fuentes supremas del equilibrio, de la ecuanimidad, del éxtasis mismo ; sí, del éxtasis.

¿Prosa? ¡No! poesía, poesía deliciosa de la vida, de la naturaleza de la fisiología...

Seamos alegres como los pájaros, supliendo con sobriedad el privilegio inestimable de su organismo.

« La carne es triste »..... ¿Quién sabe si con esta queja de amargura infinita, que viene desde los tiempos bíblicos, no se ha querido indicar la carne que ingerimos?.....

SEGUNDA PARTE

DIÁLOGOS HIPOTÉTICOS

I

EL VERDADERO AMO DEL MUNDO

EL VERDADERO AMO DEL MUNDO

— ¿Sabe usted, mi querido señor don Emerenciano, la verdad de las cosas?

— Si usted no me la dice...

— Pues la verdad de las cosas es que nosotros en el mundo constituimos un simple accidente, un núcleo efímero de energías, una... ¿cómo se lo diré á usted? ¡una despensa ambulante!

— *Non intelligo.*

— Sí, mi señor don Emerenciano, una despensa ambulante destinada á los microbios. El hombre es un comestible; el microbio, el verdadero comensal de este banquete de la vida. ¿Usted sabe en qué consiste ó á qué se llama la fagocitosis?

— Alguna vez me ha hablado usted de ella.

— Pues la fagocitosis no es más que la operación por ministerio de la cual los glóbulos blancos, ó leucocitos, se tragan á los microbios que encuentran en nuestros tejidos y los disuelven en su organismo.

— ¡ Oh admirable disposición ! ¡ Oh sabia economía de la naturaleza ! ¡ Oh denodados defensores del hombre ! exclamaría Metchnikoff y con él todos los sabios de los Institutos Pasteur.

— No, mi querido señor don Emerenciano ; ¡ qué admirable disposición, qué defensores denodados ni que ocho cuartos ! Lo que pasa aquí es todo lo contrario. Se ha puesto al gato á que cuide la carne. El hombre es un proveedor de microbios para los leucocitos. Acarréales á diario algunos centenares de miles y, cuando por su desgracia no puede ya saciar la desmedida voracidad de los tales, éstos se comen tranquilamente las células sanas, de donde la vejez... de donde la muerte...

— Pero eso que usted dice es desconsolador para el « Rey de la creación ».

— El Rey de la creación, ¡ oh don Emerenciano ! es el microbio, el invisible, el imponderable, el misterioso... el inmortal. Y es un rey inteligente y es un rey malo — malo para nosotros — ¿ pero usted ha visto seres verdaderamente inteligentes á quienes no se acuse de maldad ? Se les acusa porque la finalidad de sus actos no es comprendida por las masas. ¡ El comido nunca quiere hacer justicia al comedor ! Hay crueldades aparentes que constituyen en el fondo profundas misericordias. Llamamos nocivos á los microbios, porque nos matan, de la propia suerte que el carnero ó el buey nos llamarían nocivos porque los devoramos... Mas es preciso que el microbio viva, ya que cumple un destino superior á nuestro mísero destino y para él está hecho el mundo, el mundo que él construyó, porque ¿ quién amasó los continentes, don Emerenciano ? Un animálculo multiplicándose hasta el

absurdo; y la vida que vino del mar ¿por quién empezó? y...

— ¿Pero y cómo puede caber la inteligencia en tal pequeñez?

— Que tonto es usted, don Emerenciano... ¡Esa objeción no la hubiera formulado un colegial de diez años!... (con perdón de usted) ¡qué tiene que ver la inteligencia con dimensiones del órgano pensante! ¿Pues no es mil veces más inteligente la hormiga que el toro? ¡Y no digo que el toro, sino más inteligente que muchos habitantes de Australia ó de Borneo! ¡La dimensión es una de las mayores relatividades del planeta, mi señor don Emerenciano! La dimensión no existe más que en nuestro plano vital, como el tiempo... es decir, no existe en absoluto.

— Bueno, pero no me negará usted que la capacidad craneana...

— ¡Qué capacidad craneana ni qué niño muerto! ¿No se creyó mucho tiempo que el peso del cerebro era factor esencial para la

calidad de la cerebración? Y resulta que la masa encefálica de cualquier Pollet guillotinado, pesa más que la de un gran sabio... Convénzase usted, don Emerenciano; los seres, cuanto más pequeños son más perfectos, más inteligentes y menos perecederos. El infusorio sabe más que el insecto (y está mejor dotado, como que hay algunos que para digerir tienen boca y dentadura en el estómago); el microbio sabe más que el infusorio, y hay microbios perfectamente invisibles, aun para la iluminación soslayada y potente del ultramicroscopio, los cuales gobiernan el mundo. Para que vivan, muriendo vamos nosotros con esta muerte de todos los instantes que se llama Vida... ¡Ni el frio del espacio los aniquila! ¡Cada cometa nos trae nuevos seres de estos en su cola fosforescente, sembradora de gérmenes á través de los mundos! En el aire y en el éter mismo imponderable, tienen sus palacios, delicados como hebras de ensueño, y el hombre estúpido sigue forjando teogonías é inflándose de suficiencia...,

II

EL RESUCITADOR Y EL RESUCITADO



EL RESUCITADOR Y EL RESUCITADO

EL RESUCITADOR. — ¿Se siente usted ya mejor?

EL PACIENTE. — ¡Qué es eso de mejor!...

EL RESUCITADOR. — Sí, porque hace un momento se quejaba usted de dolores, de nauseas...

EL PACIENTE. — Yo estaba muerto, ¿no es eso?

EL RESUCITADOR. — Sí, señor, absolutamente muerto. Se había usted asfixiado con gas.

EL PACIENTE. — Ya lo sé.

EL RESUCITADOR. — ¿Cómo lo sabe usted?

EL PACIENTE. — Porque fué un suicidio.

EL RESUCITADOR, *apenado*. — Usted dispense: creí que había sido un accidente... fortuito.

EL PACIENTE, *impaciente*. — Repito que fué un suicidio. Pudo usted averiguarlo antes. Sobre esa consola hay un papel muy visible.

EL RESUCITADOR, *dándose cuenta*. — Efectivamente.

EL PACIENTE. — Léalo usted.

EL RESUCITADOR, *lee*: « No se culpe á nadie de mi muerte »... *Dirigiéndose al Paciente*: Hay que convenir en que esta frase es muy vulgar: todo el mundo la escribe...

EL PACIENTE, *desdeñoso*. — Yo no he pretendido ser original. Quería matarme, eso era todo, y que no se molestase á nadie por mí. Usted debió enterarse...

EL RESUCITADOR. — Confieso que me equivoqué y ya he pedido á usted me dispense. Yo (*con dignidad*) soy un resucitador hon-

rado. Uso en este país por concesión especial de su inventor — el americano Poe — el aparato para volver los muertos á la vida, que ve usted aquí (*indicándole el mecanismo*).

Pero solo resucito á los que han sucumbido involuntariamente. No entra en mis convicciones revivir suicidas. Sería contrariar su voluntad expresa... Cuando me fueron á llamar me dijeron que usted había sido víctima de un accidente : una llave de gas abierta... una puerta cerrada : esto le pasa á cualquiera...

Cogí mi aparato, que como podrá usted advertir es sencillísimo : dos cilindros, uno vacío y el otro lleno de oxígeno, con sendos tubos de caucho, que se adaptan respectivamente á las narices y á la boca del muerto. Dentro de los cilindros, fíjese usted, hay dos émbolos que deben moverse rítmicamente, como una respiración...

EL PACIENTE, *impaciente otra vez*. — Puede usted suprimir detalles. Conozco el sistema.

EL RESUCITADOR. — Pues, como decía, cogí

mi aparato. Lo apliqué á los indicados orificios de usted y procedí á mover los émbolos. El émbolo del cilindro vacío extrajo los gases deletéreos que tenía usted acumulados en el organismo; en tanto que el otro llenaba los pulmones de oxígeno puro.

..... Lo demás, usted lo sabe..... Erré sin intención. Repito que soy un resucitador honrado..... y espero que se me pagarán mis honorarios.....

EL PACIENTE, *furioso*. — ¡Honorarios! ¡Y aún quiere usted honorarios! De suerte que tras meterme de nuevo en un mundo del cual había resuelto salir, me pide usted honorarios.....

EL RESUCITADOR, *insinuante y humilde*. — ¡Oh! muy moderados..... Aquí tiene usted mi tarifa. (*entregándole un cartoncillo*).

EL PACIENTE, *leyendo con retintin* :

« Pedro Ramírez, único agente del resucitador A. Poe, en este país » — « Resurrecciones á los siguientes increibles precios :

« Por un gato.	15	Pesetas
« Por un perro.	20	—
« Por niños menores de diez años.	50	—
« Por niños mayores de diez años y menores de dieciocho . .	80	—
« Por jóvenes de ambos sexos de 18 años á 30 años. . . .	100	—
« Por señoras y caballeros de treinta á cuarenta años. . .	200	—

« De cuarenta años en adelante precios convencionales. »

Calle de Lázaro, 3

Teléfono nº 333.

« Servicios inmediatos á cualquier hora del día ó de la noche. »

« DISCRECIÓN ABSOLUTA. »

EL PACIENTE, *irónico.* — Perfectamente; de suerte que yo, como mayor de treinta y menor de cuarenta, tendré que pagarle á usted doscientas pesetas.

EL RESUCITADOR, *sonriente.* — Sí, señor.

EL PACIENTE. — Pues está usted lucido...

EL RESUCITADOR. — ¿Por qué, si usted gusta?

EL PACIENTE. — Porque me he suicidado... por deudas. ¿Comprende usted?

EL RESUCITADOR. — ¡Oh! yo no soy un acreedor exigente. Ya me pagará usted. Si todo mi dinero estuviera tan seguro como ese...

EL PACIENTE. — Pues no veo la tal seguridad.

EL RESUCITADOR. — Yo, sí.....

EL PACIENTE. — Yo no, porque ha de saber usted, que esta misma noche volveré á suicidarme.

EL RESUCITADOR. — Perfectamente... ¡Y yo le resucitaré de nuevo mañana!

EL PACIENTE, *indignado.* — Pero, ¡eso es un abuso!

EL RESUCITADOR. — Fuerza es que recobre mi dinero... Repito una vez más que soy un resucitador honrado. Á haber sabido que usted era un suicida, no lo resucito; pero, puesto que, por error de los que me llamaron, he venido y he hecho funcionar mi máquina, empleando una hora de mi tiempo, justo es que usted me pague... ¡Tengo familia... mujer y

seis hijos! uno de ellos resucitado... ya vé usted mi honradez... pude dejarle muerto: era una boca menos; pues no, señor, le resucité... ¡Creí que era mi deber!... Pero decíamos que si usted me paga, podrá suicidarse de nuevo tranquilamente. Soy el solo concesionario en este país para la explotación del invento, como he tenido el honor de decírselo á usted, y nadie vendrá á molestarle con una nueva resurrección... Dormirá usted definitivamente... en paz. En cambio, si usted me queda á deber esas 200 pesetas, me veré precisado á resucitarle cada vez que se suicide... ¿se entera usted?... Es desagradable esto que le digo, nada hay más fastidioso que una resurrección... pero no puedo hacer otra cosa... ¿Se entera usted?

EL PACIENTE, *comprendiendo los inconvenientes de la situación.* — Sí, ya me entero, ya me entero... Esta misma tarde tendrá usted sus doscientas pesetas. Puede usted traerme la factura... Lo aguardo hasta las seis ó las siete...

No olvide que por la noche repetiré mi tentativa de asfixia...

EL RESUCITADOR. — ¡Entendido! No le haré esperar... ¡Ya sabía yo que nos arreglaríamos!

III

CONSEJOS Á ERASMO

CONSEJOS Á ERASMO

Cur moriatur homo cui salvia crescit in horto? dice una vieja máxima de la Escuela de Salerno.

¿Por qué ha de morir el hombre en cuyo huerto crece la savia?

¿Por qué, añades tú, querido Erasmo, ha de morir el hombre que tiene arterio-esclerosis, desde que existe la arsonvalización?

¿Por qué ha de sufrir el hombre enfermedades orgánicas desde que vive en Nueva York el doctor Carrel, de origen francés, pero de procedimientos americanos, que en un instante le extrae al paciente el hígado, un riñón, cualquier entraña, y la sustituye con otro órgano

fresco, depositado en grandes vasijas heladas?

¿Por qué ha de morir el hombre cuando se curan ya el cancer y la tuberculosis; cuando se ha hallado una vacuna contra el cólera (que, según Metchnikoff, es más fácil de evitar que los catarros)?

— El hombre muere, respondes, oh Erasmo dilecto, porque se fastidia.....

— ¿Pero ignoras, insensato, que hay un doctor francés que con cauterizar las mucosas de la nariz te quita tristezas, melancolías, esplines (así, castellanizado), angustias vagas, aprensiones, etc.?

— ¿Insistes en que á pesar de eso el hombre se fastidia?

— Pero dime, Erasmo, se fastidia, ¿por qué?

— Si tiene hartura por ella y por necesitado si tiene necesidad, afirmaban los antiguos. Pero no es cierto, Erasmo. Si tiene hartura, mira tú cuántas maneras hay ahora de divertirse uno con su dinero : en el mar, las rega-

tas, la natación, el yatismo; en tierra el automóvil y los cien juegos atléticos; en el aire... las alas, las alas « de fuerte tela continental ». ¿Pues qué, has olvidado, Erasmo, que desde hace algún tiempo volamos?

— ¿Y el Polo? — (no me refiero al que se juega en jaquitas, sino al Polo Norte) — ¿y el Polo, Erasmo? No ves ya venir á la legión de deportistas ricos que van á seguir los nuevos caminos trazados por Peary? ¿No los presientes ya, peludos como antropopitecos, dentro de sus rudas pieles, amigados de esquimales, y contando en el « Boreal Club », de Quebec, de Copenhague ó de Cristianía, sus recorridos?

— Mas á los que no tienen dinero, ¿qué recurso les queda?

— Pero, Erasmo, si justamente los que no tienen dinero son los que han inventado estas cosas. ¿Pues tenían dinero los Wright? ¿Y lo ha tenido Farman? ¿Y Peary, y Cook, y antes Nansen? ¿Y Bleriot? Fíjate en que todos se han

popularizado y han crecido merced al entusiasta dinero ajeno.

— ¡ Inventar es difícil !

— No lo creas. Se trata por lo general de una rueda, de un tornillo, de una palanca más... ¿quién fué en realidad el inventor del aeroplano? Sauvage. ¿Sabes por qué? Porque inventó la hélice... ¿y del automóvil? Fernand Forest porque inventó el motor explosivo.

Y aun suponiendo que tus facultades mentales no te permitan, Erasmo, hallar ese tornillo, ó esa rueda, ó esa palanca, ¿quién te impide lucir los inventos de los demás? Lefebre, el que se mató por dar de pico contra la tierra, no tenía más que veinticinco años y había encontrado ya cierta celebridad y un porvenir asegurado. ¿Por qué? Pues simplemente porque era audaz. En unas cuantas horas aprendió á manejar los biplanos del tipo Wright y eso le bastó y sobró para sentar plaza de aviador.

— ¿Que por audaz se mató?

— ¡Diantre! También se matan los cobardes. Y mueren más cobardes que valientes. Porque la muerte, Erasmo, no está nunca á donde vamos á buscarla; está detrás. Es como el azul de las montañas en el cuento aquel. Ávido parte el caballero en pos de la montaña azul... Cuando llegue á la falda, la montaña azul estará detrás de él, en la distancia...

La muerte es como la fortuna; es como las mujeres. Ámala sinceramente y habrá de escapársete de entre las manos, para ir á echarse en los brazos de algún indiferente que bebe su *whiskey and soda* en algún Club, pensando plácidamente en otra cosa... Si, pues, Erasmo, no has de morir más pronto siendo valiente, ¿por qué no te lanzas resuelto á la conquista de algo?.....

Bastará con que seas campeón de cualquier cosa... hasta del *bridge*. La notoriedad, las consideraciones sociales, el amor de las mujeres, están á la merced del que juega bien, no importa á qué juego, atlético ó no, pero de

moda. Mata pichones, arroja pelotas con la raqueta ó con cualquier otro instrumento; da puntapiés á una gran bala de cuero en un campo verde; tírate al Sena — no para ahogarte, sino para triunfar — desde un andamiaje de veinte metros; asesina á dos ó tres pobres leones medrosos é indefensos; á dos ó tres osos mansos que buscan panales, y puede que llegues alto; habla de *matchs*, de *handicaps*, de *teams*, de *records*, á toda hora, y si tan mísero eres que no posees ni siquiera una pelota... anda á pie; da la vuelta á cualquier ciudad en el menor tiempo posible; sé campeón de eso, mientras llega un émulo y bate el *record*, en cuyo caso te harás campeón de otra cosa. Si con tan sencillo sistema, Erasmo, no llegas á ninguna parte, eres rematadamente idiota, con I versal. Escucha bien: no hay época más propicia que esta para las ascensiones en dirigible, en aeroplano... ó en los hombros de los demás. El único óbice está en ser contemplativo únicamente y no contemplativo y activo.

Es fuerza que todo hombre comprenda su época y plasme, de acuerdo con ella, su carácter. No digas jamás : « ¡ Yo no soy de estos tiempos ! » No confieses, por Dios, una incapacidad de que acaso no adoleces. Un hombre resuelto es de todos los tiempos, y más aún un hombre inteligente.

Resucita á Apolo — si es que ha muerto — y ya verás cómo dirige una orquesta wagneriana, y en la gloria del mediodía gira resplandeciente por el azur, no guiando cuádriga de oro, sino biplano de lona. Que vuelva Nicolás Flamel á la vida y explicará la disociación de la materia, mejor que Le Bon, en cualquier Cátedra. Ulises hubiera descubierto ahora el Polo ; Proteo habría ganado ya más millones que Frégoli, y Safo sería la Presidenta de las sufragistas...

IV

AMAR Ó SER AMADO

AMAR Ó SER AMADO

— Empezaré por confesaros, amiga mía, que esta conversación (disertación, diríamos más bien), sobre el amor, me desorienta por completo.

— ¿Y por qué, si gustáis?

— Hace un lustro, por lo menos, que ni en lo que escribo, en lo que leo, en lo que hablo... ni aún en lo que pienso, aparece el amor para nada. En los salones ni quien lo miente: sería la peor de las cursilerías; en las novelas ni quien de él trate, porque todo está tan redicho y repintado en este género, que lo que pudiera de él insinuarse, á nadie interesa; en el teatro ha desaparecido, á menos que se

llame amor á ese intrincado, vario y perpetuo conflicto del adulterio, con que nos obsequian liberalmente los autores... ; en el alma de la juventud no se vislumbra el amor tampoco. Nosotros, que nos casábamos antes á la americana, es decir, con la mujer que nos gustaba más, nos casamos hoy á la europea : el matrimonio se arregla en el despacho de los papás. Por amor ya no se casan más que los archiduques de Austria, últimos abencerrajes del ensueño. Esos, aún te llevan, oh Dios, en sus pupilas pensativas, de profundo azul habsburgo...

— Exajeráis. Hay otros príncipes y princesas que por amor se desposan así mismo.

— Cierto, la volandera crónica mundana nos cuenta á veces de pastoras que son amadas por hijos y nietos de reyes... Mas los simples mortales no los imitan. Un pollo de veinte años se creería en el mayor de los ridículos, si hablase de amor siquiera. Y así, señora, ¿os atrevéis á preguntarme, á mí, poeta maduro, poeta oto-

ñal en el estricto sentido de la palabra, poeta en cuyos mostachos hay ya los clásicos *poivre et sel*, si prefiero amar á ser amado?... ¡Ah! buena amiga mía, en estos momentos somos horriblemente anacrónicos... Estamos *démodés*, nos hemos vuelto 1830... Por fortuna, todos bailan ó se restauran en el comedor. Nadie nos mira, nadie nos oye... Pues bien, yo, señora, prefiero amar...

— ¿Á ser amado?

— Exactamente.

— ¿Y por qué?

— ¿Qué puedo alegar sino viejas razones cuando me hacéis una tan vieja pregunta? Contemplad por un momento al que es amado, y compadecedlo. Las solicitudes lo rodean y persiguen, hasta desesperarlo á fuerza de tedio. Los besos, que para otros labios serían pétalos de flor, ó mariposas, ó quizá libélulas, son para él moscas, cínifes, cuyo zumbido destroza los nervios. Su propia frialdad enciende el deseo de la enamorada, el

cual, naturalmente, está en razón inversa de la parsimonia del amado. Los celos de ella cíñenlo como sierpes y esclavízanlo como cepos. Ojos suspicaces lo acechan. Nariz de alas finas y temblorosas, pretende percibir en él á cada paso el olor del pecado. — « Este perfume no es el mío, le dicen. ¡ Has estado, pues, con otra ! » La tragedia gravita sobre su vida. ¡ Lo aman ! es decir, no se pertenece ; es decir, de por vida lo han condenado á prisión. Á cada paso ha de surgir de los labios amantes la consabida y ridícula pregunta : — ¿ Me quieres ? — y el grotesco reproche : — « ¡ Ah, bien se vé que no, que ya no me quieres como antes ! »

Obligado á mentir, el mísero supliciado lo hace cada vez de peor gana.

Á veces, por la zona de su ensueño pasa la imagen de otra mujer... La ha visto un día, á la puerta de un almacén. Aún recuerda mal de su grado, el ritmo del andar ágil y el timbre de aquella divina voz de contralto al saludar á una amiga... La hubiera seguido, ¡ mas, para qué !

Prefiere el aburrido limbo conyugal al infierno. Le horrrorizan las escenas domésticas, por vulgares y por tontas... y se aplica el pobre á obliterar y abolir imágenes vedadas.

— Mas ¿por qué se casó?...

— Porque confundió el aspecto de la rosa con la rosa misma; el brillo de la nube iluminada con el foco de la luz que la iluminaba. Erró muchas veces, antes de casarse, en sus años mozos, con errorres de mayor cuantía, y pudo repararlos. Este del matrimonio no tiene, en cambio, reparación posible, con haber sido tan fácil, el más fácil de cometer...

Erravimus dumque, tendrá que decir por siempre jamás, como diz que dicen los condenados á quienes por momentáneos y semiconscientes yerros de hormiga, se destina á vivir abrasados, toda una eternidad, por un fuego que, para morder almas, se ha vuelto inteligente, según la expresión de la teología...

— Queda el divorcio...

— ¡Y para qué, si provoca solo el escándalo,

las hablillas avinagradas, el reproche de las buenas gentes, en nuestros países hispanos! ¡Un divorcio que trae aparejadas escenas de lágrimas y recriminaciones y ninguna compensación en cambio! ¡Un divorcio que alarga la cadena, pero que no la rompe!...

Mas, invertid ahora los términos, señora mía : él es quien ama...

— Hará ella entonces de víctima.

— Cierto, pero como la mujer es un delicioso ser pasivo ; como á pesar de todo, la halaga gustar y ser amada, ésta víctima es menos digna de lástima. Para él, en cambio, ¡qué impensado é inenarrable deliquio!

Roba los besos, pero cada uno de los que roba, es hidromiel mezclada con ambrosía. Hurta la posesión, acaso resignada y distraída, de la que se dá por deber ; mas las llamas de su deseo, no se curan de la frialdad que se les opone; la licúan y deshacen instantáneamente. Lo que adora es suyo : las leyes todas y los usos de los hombres, se han concertado para

arrojar en sus brazos á aquella mujer : ultra-perfecta, pues que él la viste con los mejores terciopelos y piedras y damascos de su ilusión ; la más bella de todas, pues que sobre todas él la ama... En cuanto á ella, se acomodará fácilmente á su papel de ídolo, que no es del todo desdeñable... y si en lo hondo de su ánima, hay un hueco que quiere llenarse con ternuras sentidas... los hijos vendrán á colmarlo y hasta á hacer que rebose... ¿Estáis convencida, amiga mía?

— Sí, señor poeta ; ¡ y quiero ser amada !

— ... Pero la duquesa os busca... Es la una. Todos se van... Siempre á vuestros pies... ¿No volveremos á hablar de esto, verdad?

— ¡ Quién sabe !... quizá una que otra vez, cuando nadie nos oiga, tengamos derecho á un poquitín de cursilería...

V

¿TIENE USTED TALENTO?

¿TIENE USTED TALENTO?

Yo recuerdo aún la infancia de la *interview* en nuestra América.

Era de una adorable ingenuidad.

El *interviewador* — ¡qué espantosa palabra! — llegaba con cierta timidez (generalmente iba de levita). Sentábase con suave sonrisa y después de un prólogo para explicar el objeto de la *interview*, y adquirida vuestra promesa de responder, os preguntaba :

— ¿Qué flor prefiere usted?

— La rosa.

— ¿Y el perfume?

— ¡Hombre, el de la rosa!

— ¿Cuáles son sus diversiones favoritas?

— Montar á caballo, oir buena música..... ó viceversa.

— ¿Cuál es su autor predilecto?

— El de mis días.

— ¿Con cuántos terrones de azucar toma usted el café?

— ¡Según la taza!

Tras de lo cual el *interviewador* os pedía vuestro retrato para el periódico, hacía que firmarais vuestras respuestas, y se iba encantado.

Después la *interview* dió un gran paso: se volvió psicológica.

El individuo que se os presentaba era calvo, de gafas, tras de las cuales brillaba una mirada inquisidora (?).

Os daba una palmadita en el hombro, con gesto entre malicioso y familiar, y pasaba al cuestionario:

— ¿Qué sensación experimentó usted la primera vez que vió un drama de hakesS-peare?

— ¿Qué clase de embriaguez le causa á usted el *champagne-cocktail*?

— ¿Qué efecto produce en el espíritu de usted la soledad prolongada?

Estas inocentadas, á medida que la *interview* se volvió más fina, fueron espiritualizándose (?).

— ¿Qué asociaciones de ideas lleva usted á cabo en las tardes grises, en el campo, al ver en un prado algunas margaritas aisladas?

— ¿Cuándo siente usted más el prestigio de la insistencia de los *leimotivs* de Wagner: antes de la media noche, ó después?

— ¿Qué color, ó qué matiz sería capaz de producirle á usted el éxtasis?

*
* *

Un día empero, la *interview* se fué hacia los personajes políticos. Por ahí anda todavía, aunque en sus escarceos suele volver á la ama-

ble literatura y baraja aún confidencias de poetas.

Solo que en su última forma, en este terreno, se ha complicado un poquillo.

Hay *interviewadores* que no se contentan ya, por de contado, con que les digáis lo que vosotros pensáis de los demás sino que quieren saber lo que pensáis de vosotros mismos.

Uno de estos *dernier cri* acaba de sentarse á cincuenta centímetros de mi mesa de trabajo. Me ha exigido con cierta solemnidad enigmática, como esa que revisten los rostros de los empleados de la Aduana en los Estados Unidos cuando os preguntan si lleváis metales ó piedras preciosas, me ha exigido, digo, que le prometa, sobre todo, no ser modesto :

— « La modestia, me ha dicho, es cursi » ; y luego me ha preguntado :

— ¿Cree usted tener talento?

Confieso que la interrogación me sorprendió un poquillo, sobre todo, por el tono con que fué hecha.

— Respóndame usted, añadió, de una manera categórica.

— Le diré á usted, empecé yo : para responder á pregunta semejante se necesitan segunes.

Todos sabemos la picante respuesta que dió cierto diplomático nuestro á una simpática duquesa :

— ¿Qué edad tiene usted? le preguntó ella.

— Según para lo que usted me necesite, duquesa, le respondió él.

Por mi parte, en Biarritz, en reciente ocasión, viendo la facilidad con que un *maître d'hôtel* hablaba el inglés, le pregunté : ¿En cual de las dos lenguas, el inglés ó el francés, piensa usted?

Y el *maître d'hôtel* me respondió con mucha agudeza :

— Según... En agosto, septiembre y octubre, pienso en francés. En invierno, toda esta alegría francesa se va. Viene la lluvia é invaden

el hotel y Biarritz entero los ingleses, con su té y su tennis : entonces pienso en inglés.

Pues así yo, amigo mío, á su pregunta de usted empiezo por responder que ningún hombre : ni Homero,ni Hesiodo, ni Horacio, ni Tibulo, ni Dante, ni Shakespeare, ni Cervantes, ni Hugo, ha tenido siempre, toda su vida, talento : lo ha tenido á ratos.

Cuando se trata de un genio, esos ratos se multiplican, son la regla, por más que los antiguos ya decían : *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

Si se trata de una medianía como yo, esos ratos son mucho más raros.

Yo tengo talento :

En las tardes de otoño, cuando el cielo está azul y yo vago á la orilla del mar y el mundo parece bañado en una divina serenidad y como sumido en una expectación misteriosa, y empiezan á asomarse las estrellas, y mi alma se mece con el propio ritmo del océano, sobre la paz de las cosas.....

..... Solo que entonces no soy yo. ¡ Son el océano y el cielo azul y las estrellas y la misteriosa mansedumbre de la tarde, los que tienen talento !

VI

DE LA CORRECCIÓN QUE DEBEMOS OBSERVAR EN NUESTRA ACTITUD PARA CON LOS FANTASMAS

DE LA CORRECCIÓN QUE DEBEMOS OBSERVAR EN NUESTRA ACTITUD PARA CON LOS FANTASMAS

Llegamos — dijo el profesor de psiquismo al abrir la clase — á uno de los puntos más importantes de lo que pudiéramos llamar nuestro curso de misterio :

— ¿ Qué actitud debemos observar ante un fantasma ?

Hace algun tiempo — siguió diciendo — las apariciones eran de tal suerte excepcionales, que no valía la pena pensar en ellas.

Las mujeres, ya se sabe, sufrían al verlas un ataque de nervios. Los hombres echaban á correr.... á menos que tuviesen un valor á toda prueba.

« Tiene más valor que el que le habla á un muerto », se decía.

Pero rarísima vez, encontraban las mujeres esta ocasión de desmayarse y los hombres de huir. Los fantasmas venían poco á mezclarse á nuestra vida.

Las circunstancias, en los últimos años, han cambiado totalmente.

La humanidad — ciertas clases sociales, en especial — se afina. Nuestros sentidos se aguzan. Hay ya resquicios entre la sombra, á través de los cuales adivinamos la cuarta dimensión...

La eventualidad de topar con un fantasma puede ocurrir á todo el mundo. Conviene, por tanto, meditar nuestra actitud.

— Usted Méndez, — interrogó el profesor dirigiéndose á uno de los alumnos — ¿qué haría si viese un fantasma?

— ¡Echar á correr, señor!

— Haría usted muy mal, Méndez. Cometería usted una imperdonable falta de cortesía. ¿Pues

qué (exclamó, animándose el profesor), si un caballero, si un hombre cualquiera pretendiese hablar á usted le volvería usted repentinamente la espalda?

— No, señor.

— Pues entonces ¿por qué adopta usted tal actitud con el fantasma, Méndez?

— Un fantasma no es un hombre, señor profesor.

— Un fantasma es más que un hombre, señor Méndez.....

Pero continúo: cuando un fantasma se presenta, hay que considerar desde luego esto: que ha hecho un indecible esfuerzo á fin de materializarse; que tal esfuerzo obedece á un vivo deseo de pedir ayuda (ó quizá de darla); que para lograr tal ayuda el fantasma busca un hombre civilizado.....

Ahora bien, imagine usted que este hombre civilizado echa á correr.. sin darse cuenta del esfuerzo enorme realizado por el fantasma con el único objecto de hablarle.... ¡ Qué decep-

ción! ¡qué tristeza para el aparecido! ¡qué concepto se formará de usted, Méndez!

En Estados Unidos y en Inglaterra, en esos dos paises que hemos convenido en llamar civilizados, nadie comete con un fantasma tamaña descortesıa.....

La buena crianza inglesa, sobre todo, procede en estos casos con finuras y delicadezas poco comunes.

Un inglés — favorecido por la aparición de un fantasma (sí, señor Méndez, no sonría usted: he dicho *favorecido* y he dicho la verdad; una aparición es siempre una distinción. Los fantasmas no se aparecen á cualquier *quidam*, á cualquier *Nobody fo no where*, como diría el mismo inglés).

Un inglés favorecido por la aparición de un fantasma — repito —, se dirije á este con gran comedimiento y le dice:

— ¿Que desea usted *gentleman*? ¿ en qué puedo servirle?

Los fantasmas son muy sensibles á estas muestras de deferencia.

En general responden con esquisita finura; exponen brevemente sus necesidades, ó bien sus deseos, y desaparecen. No le quitan el tiempo á nadie, porque comprenden su valor. En el otro lado de la muerte, señor Méndez, tambien el *time is money*, pero no vil moneda de 21 quilates ó de diez dineros 20 granos, sino moneda de perfeccionamiento y de amor...

Suele suceder, sin embargo, prosiguió el profesor después de una pausa, que el esfuerzo del fantasma no le basta para reproducir la voz humana; más aún, que no es suficiente ni siquiera para que la materialización dure mientras se conversa, y en pleno diálogo ó en plena aparición el espectro se disuelve ó desvanece. En este caso, señor Campomanes, ¿cuál debe ser nuestra actitud?

— Ninguna, señor profesor, puesto que el muerto se ha ido.

— El muerto no se ha ido, señor Campo-

manes : el muerto *está allí*. ¿ entiende usted ? Está allí. Solo que ya no le vemos porque no pudo llevar adelante su esfuerzo de condensación de la materia. En este caso, debemos seguir dirigiéndonos al sitio desde donde se nos mostró y ofrecerle nuestros servicios. Podemos decirle, por ejemplo :

— Si ya no le es á usted dable materializarse, caballero (repito que son muy sensibles á las buenas palabras), recurra usted á mi mano : vea usted : cojo un lapiz, papel... Dícteme usted... Mueva usted mi diestra.

Si ni aun esto pudiere hacer el fantasma, ofrezcámosle nuestro futuro sueño.

— Esta noche, digámosle, cuando mi alma se desate de las ligaduras carnales, me pongo á la disposición de usted para que se sirva insinuarme lo que guste. Estoy por completo á sus órdenes.

He aquí, Méndez, he aquí, Campomanes, la actitud de todo hombre correcto, ante un fantasma : actitud por alto extremo meritoria.

El hecho de que la muerte nos vuelva invisible á un amigo, á un hermano, á un prójimo, no nos faculta para ser bruscos, despectivos ó ligeros. ¿Pues qué, un ciego, porque no nos ve, deja de saludarnos en cuanto se da cuenta de nuestra presencia? Y nosotros, amigos míos, Méndez, Campomanes, Cajiga... ¿ qué somos sino unos pobres ciegos ante el Misterio?

Los muertos no son los ausentes, sino los invisibles, creo que dijo Víctor Hugo. Seamos, pues, corteses para con ellos. Los ciegos generalmente son corteses. ¡Seamos siquiera como los ciegos!

Y basta de clase por ahora, concluyó el profesor levantándose.

Nuestra próxima conferencia versará sobre la manera de distinguir á los fantasmas serios de los otros... porque, amigos míos : Cajiga, Campomanes, Méndez, hay fantasmas y fantasmas...

INDICE

PRIMERA PARTE

Filosofando

SEGUNDA PARTE

Diálogos hipotéticos

Impreso por Eugenio Aubin. — Ligugé (Vienne).

